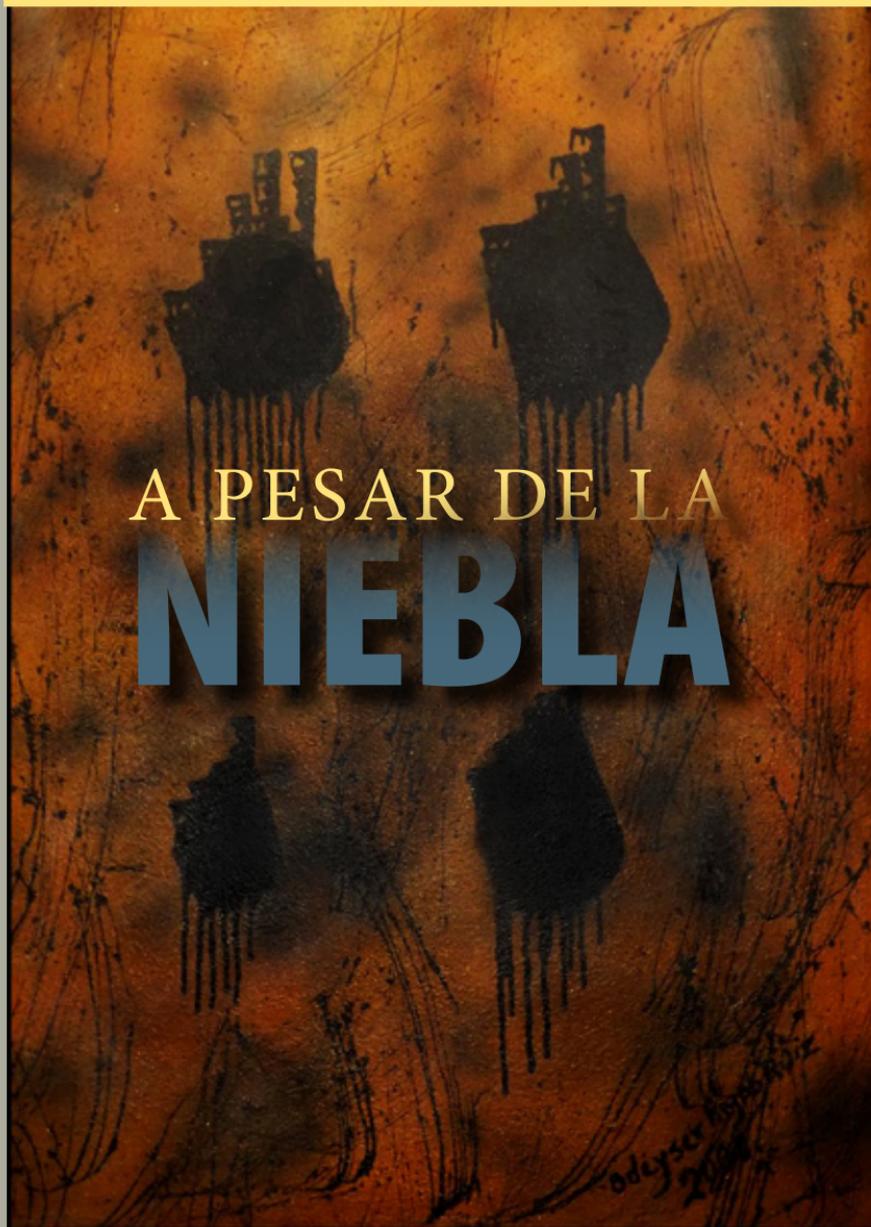


Manuel Rojas



**Sistema de
Editoriales
Regionales**

Fundación Editorial

elperroy larana

MISIÓN

cultura - Venezuela
[Corazón adentro]

Manuel Rojas

A PESAR DE LA
NIEBLA

Fundación Editorial

elperroylarana

MISIÓN

Cultura • Venezuela
¡Corazón adentro!

© Manuel Rojas

© Fundación Editorial Escuela El perro y la rana, 2019 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: 0212 7688300 / 7688399

Sistema de Editoriales Regionales /Táchira - Venezuela

Redes sociales

www.elperroylarana.gob.ve

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Twitter: @perroyranalibro

Edición y corrección

Walter Berti / Manuel Rojas

Diagramación

Arturo Mariño

Portada

“Niebla especial” de Odeyser Rojas Ruiz. 60x80, pintura sobre madera.

ISBN: 978-980-14-4520-3

Depósito legal: DC2019000972



Esta licencia *Creative Commons* permite la redistribución, comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

*A mi bisabuela Rosa, por quien me entere
que las brujas existían.*

*“Vosotros, hermanos míos, no os quedéis en la oscuridad a
fin de que el día (del Señor) no os sorprenda como a unos
ladrones”*

(1 THESS., V, 4)

*Malherbe no estaba muy seguro de que hubiera otra vida,
y decía cuando le hablaban del infierno o del paraíso:
“He vivido como todos, quiero morir como todos, quiero ir
a donde van todos”.*

TALLEMANT DES RÉAUX, LES HISTORIETTES

(XXIX)

A MANERA DE PRÓLOGO O DE ANÉCDOTA

En 1986 salen publicados por primera vez tres trabajos míos, en el volumen VII del Taller Literario Zaranda. Recién había ocurrido el terremoto en Armero, Colombia, y uno de los trabajos está dedicado a esa tragedia. Desde ese entonces corren muchas aguas bajo este puente de la palabra y muchas lunas y soles pasan por el techo de mi casa. Pero mucho antes había escrito. Aun siendo niño fui ganador de un concurso de cuento de la escuela, este trataba sobre una guacharaca que tenía poderes mágicos. Ya en el liceo, en primer año, me dediqué a escribir poemas y cuentos cortos, que mostré a mi primer profesor de literatura, José Pagola, un español que había huido de la guerra en tiempos de Franco y que, además de ser buen docente, era un buen poeta y declamador. Él dijo lo que dicen todos los poetas ante un chico que está empezando a escribir, que por supuesto propenden un espíritu de rara autoestima, para seguir soñando con ello. Mi madre también participó en este extraño fenómeno de la creación. Me estimulaba cuando hacía las tareas, decía que las vacas podían volar, claro, si le colocamos alas, y que los grillos no solo cantan, también tocan un violín pequeñísimo que llevan siempre bajo las alas...pero mis verdaderos maestros llegaron con el tiempo y a través de la lectura. Mi madre también me

leyó algunas historias de La Biblia, José es vendido por sus hermanos, Gedeón y las trompetas de Jericó, David y Goliat, Moisés cruza el Mar Rojo; mi padre me trajo las Mil y Una Noche, una versión ilustrada, incompleta. Por otro lado empecé a leer obras clásicas de España: Platero y yo, Don Quijote, La vida es sueño, El misticismo y la experiencia de lo innombrable, La Celestina, el Mío Cid, y El Lazarillo de Tormes, entre otras. Años después, y en ese paso entre la adolescencia y la adultez, llegó a mis manos los libros clásicos universales. Lecturas que me acompañaron a lo largo de muchos años; entre muchas, que no es necesario mencionar. Aparecieron Poe, Lovecraft, Béquér, Quiroga, Mariano Sanz F. de Córdova, Wilkie Collins, Antonio González del Valle, y Pedro Montero, por nombrar algunos, pero a la par también las creencias en espíritus, fantasmas, espectros, seres vampíricos, demonios que estaban muy arraigadas en Grecia desde la antigüedad. A decir de extraordinarios críticos, antropólogos, arqueólogos, y eruditos de las antiguas lenguas originarias, de los acertijos gráficos esculpidos en los muros de la vieja Babilonia, de los persas, los caldeos y los legendarios judíos, la magia negra ya se practicaba en la Grecia inmortal de la filosofía. Esas cosas, no sé por qué motivo, acapararon mi atención. Esas cosas que perseguían provocar ruina, enfermedad o incluso la muerte en una persona como consecuencia de la brujería, la magia o la maldición. El caso específico de la Hydra, Argos, las Erinias, que me vienen ahora a la mente, me permiten esbozar este argumento como para regodearme en esos dramas de la vida y la historia de culturas condenadas a la oscuridad. Por otro lado

Gustavo Adolfo Bécquer incluyó en sus Leyendas algunos relatos de miedo muy meritorios que me asombraron y me ratificaron que no sólo el horror es de los americanos, los franceses, los alemanes o los asiáticos. Oscar Wilde tomó este subgénero con humor en su relato El fantasma de Canterville, que me ocasionó delirio y emoción por lo paranormal, lo extrasensorial, lo astral, cautivo en un castillo. Lautréamont me guió hacia otros pasadizos de la noche sin luna llena. El Hombre Lobo, Diana la bruja, Aradia su hija, Lucifer su padre, en suma, las velas, los cementerios, las calaveras, los gatos negros, los machos cabríos, los murciélagos, la santería y el fetichismo, lo andrógino, lo mefistósfele, lo apocalíptico, los enanos diabólicos, los duendes, los gnomos, los elfos, los genios, los trasgos, los trolls, los banshees, los silfos, las ondinas, y hasta los payasos, que siempre me parecieron fantasmales, en suma, toda una comedia de lo saturniano, lo macabro, lo tétrico, lo tenebroso, me asombraron y llamaron la atención a lo largo de mi vida. La norteamericana Anne Rice, mezcla lo cotidiano con historias de vampiros y de erotismo oscuro, revitalizó, el terror gótico. H. P. Lovecraft, por su parte, lograría sintetizar en las primeras décadas del siglo XX la tradición que partía de lo gótico con la ciencia ficción contemporánea. Actualmente lo gótico aparece en algunos autores o autoras contemporáneos. Luego apareció en mis lecturas el misterio de las sociedades secretas, sus principios, sus códigos, sus grados o niveles jerárquicos, sus objetivos precisos, y toda la simbología que encierra sus estructuras en un laberinto por demás gráfico y de horror. La numerología que las envuelve, la conspiración

para dominar el mundo, lo críptico, lo absurdo, lo bestialmente conmovedor y aterrador que significa sus enunciados, su verdadero objetivo como ficción de horror. El culto a la serpiente, el Templo de Mitla, los entes transdimensionales, los sacrificios y las ceremonias de iniciación, las sectas satánicas, sus vínculos con los poderes nazis, los Iluminatti, la Bohemian Grove, los Skull&Bones, los Bilderberg, los Shiriner, la Real Orden de los Bufones, en fin, todo inmerso dentro de la gran duda o en el consciente del imaginario popular de los pueblos. No podían faltar Abraham Stoker, con Miss Betty y Drácula, y Frankenstein de Mary Shelly, que leí recientemente. Stephen King ahora con su extensa obra que todavía no termino de leer. Todo eso es parte de la historia del horror, algo que me llevaría mucho tiempo estudiar y a la vez a crear. Entonces encontré motivos suficientes para pensar que la tecnología también es un misterio. Y no sólo que lo sea como herramienta novedosa de cambios en los hábitos del ser humano para comunicarse. No, también para prostituirse en otras latitudes. Me parece que el usuario creativo puede encontrar una manera de divertirse asustando. Y esto me llevó a pensar que los números dígitos, y toda esa magna empresa del celuloide, de las líneas, las computadoras y los celulares, podrían guardar enigmas que uno todavía no conoce. Que también podían ser elementos para desarrollar un conflicto donde estos sean los protagonistas. Las llamadas que llegan de otra dimensión, los sonidos, las voces, los mensajes, los correos electrónicos, las redes sociales, todo esto es impresionante, y pueden, hasta cierto extremo, causar HORROR, si, HORROR. Y eso me llevó

a estos textos, a estas evocaciones so pretexto de jugar con los campos de la mente no preparados para el miedo, o para cruzar la barrera metafísica del miedo, y encontrar la verdadera libertad del espíritu: cuando al fin, no sintamos miedo por nada ni por nadie. Por ahí va o viene todo, por ahí van estas historias, post clásicas al horror de los grandes escritores de los siglos que nos han precedido. Al respecto no puedo añadir más, no me es permitido profanar las tumbas de los seres que nos acompañan desde las distancias de sus infinitas soledades, en noches de misteriosa agonía, en los duros inviernos, o en las metálicas esculturas milenarias de la mitología egipcia, griega o romana. Sólo basta acercarnos a este otro mundo del miedo, donde nos conocemos y reconocemos tal cual somos.

ALERTA: ALTA TENSIÓN

Walerstein...está de regreso, el gato también...

Al parecer el gato estaba enredado entre los cables de luz, con las patas traseras sobre las tejas y las delanteras en el palo de arco del soporte; la cabeza aprisionada en el ramaje de árbol que, al moverse lentamente, a causa de las ondulaciones del viento, herían su pequeño cuerpo. Era un gato negro, de ojos grandes y cara redonda, con una cinta roja en el cuello. Las casas alrededor yacían desiertas a esa hora, o casi desiertas, pues las muchachas de servicio se aprestaban a comenzar el trabajo con la limpieza. Sus dueños salían muy temprano a sus trabajos y los niños a la escuela. Las chimeneas vomitaban un fino humo blancuzco y en sus torres las palomas dormitaban con sus críos. Casas grandes, gallardas construcciones de familias adineradas convivían en paz en aquel paraíso de arquitectura rococó. Un hombre solo, atrapado en una silla de ruedas, observaba la salida de sol de aquella mañana de abril. Se trataba del señor Walerstein, un rico y notable comerciante de descendencia alemana, quien había quedado paralítico desde que su caballo lo lanzara por un

barranco empedrado de unos seis o siete metros de fondo. Desde ese entonces su vida se reducía a esa poltrona mecánica que debía aceptar irremediablemente hasta el día de su muerte. Después de contemplar el paisaje que se le antojó tenía algo de melancólico, los árboles, los caminos de piedra, las terrazas de las casas vecinas, el malecón, y el mar allá a lo lejos dormitando a sus anchas, descubrió al animalito que se debatía entre la vida y la muerte en ese techo de tejas y madera que debían estar calientes a esa hora. Observó con detenimiento al gato. Se convenció de que estaba en peligro, y llamó, al instante, a la muchacha de limpieza.

Recordó algunas cosas: un pasillo largo de loza ajedrezada, paredes blancas, camillas a los lados y un terrible olor a formol, alcohol, y sangre, que se confundían con el aroma de limón del detergente de limpieza. Una luz demasiado débil para iluminar el pabellón de cirugía, pensó mientras lo trasladaban por los apretados pasadizos que comunicaban con Emergencia. Su cuerpo adolorido, rasgado por espinas y guijarros que parecían púas; el ardor de la sal que manaba de las piedras y la arena, y que se acrecentaba en la medida en que el tiempo le ganaba el terreno al dolor, eran suficientes para creer que sólo un milagro le había podido salvar de las olas que empezaban a acercarse lentamente. De allí fue rescatado a tiempo gracias a un niño que vagaba por esas playas en busca de cangrejos.

—Llama a los bomberos. Ordenó Walerstein.

—¿Para qué? Preguntó la muchacha intrigada.

—¡Salva a ese gato! Gritó el hombre, señalando en el acto, con el índice, el lugar. La muchacha siguió al dedo e

inmediatamente vio al felino, pero creyó que ya era muy tarde, unos chicos, los que estudiaban en el turno en la tarde, empezaron a apedrearlo. Esto hizo que el Sr. W. que siempre estaba armado, sacara su pistola y disparara al sitio. La explosión se oyó en el acto en todo lo ancho y largo de la urbanización, y los chicos, asustados, huyeron hacia el malecón. Algunas personas se asomaron tímidamente por las ventanas pero no percibieron nada extraño y como fue un solo tiro, éste no despertó la curiosidad en ellos, y menos si se trataba de un colectivo de la tercera edad; una comunidad de sordos y sordas en su mayoría. Pero la muchacha buscó ayuda con las otras chicas de limpieza que sí se percataron de la situación e inmediatamente se trasladaron hasta donde estaba el minino. Éste yacía moribundo, sus patas colgaban del viejo cedro. Las muchachas se encaramaron a través de la azotea más cercana, pero aun así, no se arriesgaban a cruzar el enredo de cables de alta tensión y enchufes que se veían averiados y que, pese a ello, permitían la luz de algunas lámparas de la mansión más cercana. El viento batía hojas y astillas que pudieran incrustarse en los ojos de las muchachas. El Sr. W. trataba de señalarles la ruta a seguir para salvar al animal. Pero a su vez recordaba su estadía en la clínica. Cerró los ojos por un momento y se vio, una vez más, en la cama del departamento de cirugía. Vio al médico levantar el bisturí, las enfermeras a su alrededor, y ese olor a naftalina que se mezclaba con el desinfectante de limón. Abrió los ojos y tuvo la impresión de que una de las chicas se iba por el precipicio...pero no, fue sólo un espejismo tal vez, una visión instantánea que traicionaba sus sentidos. Sin

embargo se respiraba un olor a ultratumba, a incienso, a yerba seca quemada, a muerte y horror que se oía en los maullidos cada vez más lejanos y débiles del pobre gato.

Era muy temprano todavía, pero el Sr. W. se alegró cuando escuchó a lo lejos las bocinas de los bomberos. Naturalmente que ese no era un problema grave, pues, al fin de cuentas, qué importancia pudiera tener salvar a un gato de la muerte, sin embargo para él sí la tenía. Recibió algunos mensajes que no pudo leer, y luego dos llamadas: la de la muchacha que le anunciaba la llegada de los bomberos, y la de los bomberos que le informaban que pronto estarían en el sitio del evento. Últimamente el Sr. W. se había sentido muy mal: fuertes dolores de cabeza le aquejaban continuamente. Algo no andaba bien en su salud, los mareos constantes daban fe de una anomalía no diagnosticada aún. Después de esto exigiría que lo llevaran al médico, pero primero lo primero: el gato debía salvarse.

Los bomberos actuaron al tanto de la situación. Todo fue tan rápido que el Sr. W. apenas pudo enterarse de la operación de rescate. Oyó, como entre sueños, el maullido del animal y le pareció que era casi como un grito de alegría. No supo cuándo ni cómo fue trasladado al centro clínico. Estuvo varias horas en estado de coma, la respiración agitada y el cerebro a punto de explotársele. Sufría de tensión alta y esta se había disparado en el acto. Sintió que los guijarros le herían las espaldas, que el seco olor a bosta de vaca se le metía por la nariz, y que a lo lejos las olas amenazaban con levantarse más allá de lo normal. Unas gaviotas sobrevolaban la gruta donde había caído. Sus cantos se oían a lo largo de la playa. Todo estaba ahí,

en esa escena de su vida que no lo redimía finalmente de la muerte. Y el niño se asomaba a la cueva donde ya debía tener algunas horas esperando que alguien lo descubriera. El niño con su cesta de cangrejos ahora corría hacia las tiendas del mercado... Todo seguía como siempre, el caballo emitía relinchos sordos bajo el sol incandescente del mediodía. Al despertar dio la orden de salvar al gato. Las chicas se miraron absortas y le contaron lo que había pasado. El Sr. W. quiso justificar su pregunta y agregó algún comentario al respecto.

A la mañana siguiente fue trasladado al mismo sitio. Inmediatamente estuvo despierto dirigió la mirada hacia el travesaño de cables y enchufes averiados pero todo estaba en calma. Miró a todos lados y no había nada de qué preocuparse. Unos minutos después escuchó el relincho de un caballo, luego aspiró el aroma a limón del detergente, y por último, entre las celosías de la ventana de cristal, vio al gato. Este se deslizaba lentamente a través de la cornisa... pronto estaría cerca de él, ronroneando como antes, como siempre, y estirándose a sus anchas en el zaguán...bajo el sol incandescente de mediados de abril... pero cuando lo tuvo cerca, al mirarle con detenimiento, vio que saltaban de sus ojos dos fogatas encendidas, en el destello de una luz extraña que se agitaba en las pupilas; aspiró hondo el olor a incienso, a yerba quemada, a muerte, que se esparcía alrededor y que le precipitaron, fugazmente, a un vacío indefinible. El gato emitió un maullido fuerte y se arrojó a sus brazos...el hombre se retorció en la silla, pálido cual conserva de mango, y una llama empezó a aprisionarle el cuello...lentamente; una garra le devorara por dentro el

corazón; el animal se arqueaba sobre su estómago, como si estuviera recibiendo una carga de alta tensión y la expulsara por sus retinas...quemándole las manos, el cuerpo, el alma, para despedirse, finalmente, de su salvador...

BABÚ

La niña quería un celular. El padre se negaba a comprarlo. Sin embargo la madre insistió, aludiendo a que era necesario, por precaución tal vez; la chica podría soltarse de la mano y extraviarse. Esa ciudad era demasiado grande y muy concurrida en temporada de vacaciones; además está tapiada de neblina por todos lados y esa chiquilla es menuda y frágil, para resistir el aire acuoso y gélido de las montañas de los Andes. Razones, entre otras, suficientes para convencerse de la necesidad imperiosa de comprarle un celular a la chiquilla.

La tienda estaba abarrotada de teléfonos de todas marcas, tamaños y colores. Escoger uno que pudiera llenar las expectativas de la nena era difícil, pero al fin lo hicieron. Se enamoraron de uno que sentaba muy bien a los caprichos de la infanta, de color rosado, pequeño, muy pequeño, y sin tantas complicaciones para manejarlo. Si lo único que ella debía aprenderse era el número de teléfono de sus padres y quizás el de alguna tía. Al fin, después de recorrer todas las estanterías, se lo compraron.

Mérida es una ciudad espectacular. De noche tiene un aspecto misterioso. La neblina se adueña de todos sus espacios haciéndola borrosa, como si fuera una escena de Pedro Páramo. Los rostros parecieran desaparecer entre

las nubes de niebla de las calles y los cuerpos de los estudiantes surgen de improviso como fantasmas medievales. Una fogata en la Plaza Bolívar le da esa semblanza de enigma, esa sensación de ritual hippie, de chicos malos que fuman marihuana en plena madrugada y bailan la música de moda.

La familia Rojas Rivas disfrutó de la escena, desde el balcón del hotel, pese a que al otro día partirán hacia la montaña. Y ya en el trolebús, mientras se disponían a subir hacia la estación del teleférico, la niña empezó a recibir mensajes que, según el padre, lucían muy extraños. Frases como “Hola, soy Babú, y quero q vallamo a la montaña”... “Babú te quere”... “Soy Babú la diosa de la lluvia” o “Babú te espera en la nieve”. El paisaje, visto desde las ventanas, era desolador y sombrío, aún pareciera estar alfombrado de blanco, decorado sutilmente en los bordes, al final, donde se apreciaban los árboles de un delicado verde oliva. La cobertura era difícil o nula, no obstante la beba seguía recibiendo mensajes. Una lluvia, de finísimas gotas, caía sobre los prados y los cerros, con vientos gélidos y surcos acompañados al clima, como parte de un escenario sombreado de misterio.

Cuando finalmente llegaron al punto de partida del teleférico, el sol empezaba a brillar débilmente entre los almohadones de nevisca, como si tratara de vencer los obstáculos que no permitían su presencia en los altos farallones y cúpulas nevadas.

La madre pensó que se trataba de un juego y que Babú era el nombre simbólico de mascota de un programa americano como Pipo, Tiko o Toby. Sin embargo no dejaba de

preocuparle los mensajes. Los R.R. eran bienaventurados, tenían un hogar feliz, y Liliana, la beba, era muy bonita, de cabellera rubia con bucles y ojos claros, grandes y vivaces. Él era un técnico evaluador en bienes raíces y ella administraba una empresa que se dedicaba a la venta de tornillos, resortes, bisagras y cables. Vivían rodeados de expertos en terrenos, máquinas, mantenimiento y construcciones de todo tipo. Por ello al levantar la vista hacia los cables del teleférico, él pensaba inmediatamente en la seguridad que ofrecía la estación, los terraplenes, las escaleras, el restaurante, y en general todo el espacio geográfico donde se levantaba esa magna obra arquitectónica, atractivo de turistas y estudiosos del clima y del sistema montañoso andino. Ella por su lado estaba al tanto de los engarces que permiten que se deslicen los rieles, las montaduras, los resortes, y los controles de pasamanos de la cabina cuando se eleva a lo alto con los que consuetudinariamente visitaban el Pico Bolívar. Todo estaba bien hasta ahora, todo marchaba sobre ruedas de acuerdo a las leyes de la física y de las matemáticas, y a la alta tecnología en boga, para estos proyectos de la ingeniería moderna. Todo estaba bien menos lo de los textos de mensajería que no paraban de llegar al celular de la nena.

De pronto a la madre se le ocurrió responder uno de los mensajes.

¿Quién es usted...? Y pulsó el “Enviar”, con timidez.

Inmediatamente repiqueteó con su respectivo sonido de maquina de helados.

—Soy Babú, y quiero a la niña —Se leía en la pantalla. La madre se estremeció, sudó frío, se pasó la mano por la frente y se dispuso a escribirle una segunda pregunta.

—¿Y quién es Babú?

—La Reina de la Lluvia —contestó al instante.

—¿Y por qué quieres a la niña? —continuó la madre, con temor pero con mucha curiosidad.

—Poque quero ota niña en la montaña pa la jugar con ella. —El recado no admitía contradicciones, no se trataba de un juego incorporado al programa del teléfono. El impacto emocional que recibió la madre fue terrible. En el acto arrojó el celular al suelo. Sintió que se columpiaba sobre una tira de cemento en el aire acuoso de la mañana, pero no pudo agarrarse a tiempo de las rejas. Miró a todos lados y advirtió, como si fuese un espejismo, que su marido estaba solo en la barra del cafetín, ofreciéndole una taza de chocolate, imaginó. Hacía mucho frío ahora, el sol no había podido vencer la sombra de nubes cenicientas que flotaba en la inmensidad del espacio. Las montañas parecían desaparecer entre las almohadas de gasa que se acumulaban alrededor. La mujer se sentó en la gradas y con gesto desesperado exhortó a su compañero para que se acercara. Aunque lo intentó, no pudo incorporarse. Él corrió hacia ella mientras miraba a todos lados, no sabía a quién atender primero, qué hacer en ese momento, a quien acudir, si buscar a la niña o levantar a su mujer. La gente pasaba, unos, gradas arriba de las estaciones y otros, a las salidas. Un viento helado les abofeteaba el rostro. Ambos habían entrado en pánico, miraban sin mirar en todos los rincones del establecimiento. No sabían qué

hacer. Finalmente la mujer pudo ponerse de pie, pálida, consternada, con la voz quebrada, preguntó por la nena.

En menos de veinte minutos el departamento de seguridad activaba un operativo de búsqueda por todo el sector. Los policías hicieron bulla con las sirenas y alistaron a los perros. Con tan sólo darle a oler el celular, éstos echaron a correr a lo largo de los patios. Los scouts se organizaron en cuadrillas de cinco, con linternas y megáfonos. El cuerpo de Protección Civil y Administración de Desastres se unió a la búsqueda. Incluso los visitantes se abocaron a crear grupos de observación siguiendo los mínimos detalles que aportaran los padres, pese a la angustia. El operativo fue infructuoso, aun cuando ya cerrada la noche la institución responsable de velar por la seguridad de los usuarios, permanecía alerta. La mujer alzaba la mirada hacia los riscos que yacían cubiertos de niebla, y señalaba, como dentro de una pesadilla espectral, el rostro de los transeúntes. Gritaba a los vientos el nombre de Babú, a quien le imploraba que le devolviera a su hija. Pero Babú no respondía sino sólo a través del celular. Una mueca de horror se dibujó en el rostro de la madre, una mirada tenebrosa se fijó en el teléfono que, en ese preciso momento, anunciaba la entrada de otro mensaje. La mujer, furiosa, corrió hasta atrapararlo en un arrebato sorprendente, pero se resbaló. Cuando al fin pudo asirlo hundió la tecla correspondiente. El mensaje era claro: “Gratias por la niña, ahola si teg o con quien jugar.”

MENSAJE AL GRUPO DE ORACIÓN

Barrio León se extendía a lo largo de una ladera, entre dos inmensas montañas y un hilo de aguas contaminadas de por medio. El clima no anunciaba buenos augurios. En alguna casa a orillas de la pestilente quebrada, varias familias se reunían para orar. Pedían a Dios que apaciguara la lluvia, pero Dios no respondía a tiempo, decían los niños, lo que significaba una blasfemia para los mayores.

Nancy, una de las chicas del grupo de oración, muy joven todavía para esos sacrificios, morena, de ojos grandes y vivaces, con trenzas de churcos tiznados, sentía vibrar su celular en el bolso. El pastor, un hombre casi transparente, lacio, calvo, había prohibido atender llamadas mientras se dirigieran al Señor.

Ella no pudo evitar revisar los mensajes. Cuando la pantalla se iluminó, creyó que se le iba a salir el corazón por la boca, si no la cerraba a tiempo. Discretamente pasó su mano por el corazón como para tratar de detener el pum pum que saltaba cual pasos de potrillo alegre. El murmullo de las voces de los congregados allí, subía de tono convirtiéndose lentamente en un clamor general. Sintió que transgredía una norma pero se resignó, y pudo vencer el sentimiento de culpa en el instante en que leía el recado: “¡Soy el Ángel de Luz y estoy con vosotros!” El

potrico volvió a saltar dentro de su cofre de cuerda; esta vez tenía más porte de tic tac de reloj nuevo que trote de caballo. Afuera, la lluvia, parecía una fritanga de cotufas.

El grupo de oración había crecido. Al principio sólo se reunían cinco personas y poco a poco ya iba por veinte. La mayoría eran amas de casa, viejas y barrigonas, que no tenían nada que hacer por la noche. Sus maridos, la mayoría obreros de una fábrica de muebles cercana, cansados por el duro trajín del día, se plantaban ante el televisor o se reunían para apostar algún dinero de lo poco que ganaban, con las cartas, o se entretenían jugando dominó. Las madres solteras llevaban a sus niños, a los que hacían orar de manera obligada, y éstos, a regañadientes, se sometían a las órdenes de sus madres.

De pronto, gritó la chica entusiasmada, de tal manera que acaparó la atención de los presentes.

—¡Pastor, recibí una llamada milagrosa, el Señor está con nosotros y nos mandó a su Ángel de Luz, y me ha enviado un mensaje... digo, es casi como un milagro! —dijo la muchacha, emocionada.

—¡Nancy! ¿No te dije que apagaras el celular? ¿No se lo ordené a todos? ¿Qué ocurre contigo? —incredó el pastor con ojos de pescado muerto.

—Es que... musitó Nancy.

—No, no creo que Dios se manifieste a través de un... teléfono — agregó el ministro.

—¡Sí lo creo, a Moisés le habló desde una zarza ardiente, es decir desde una fogata... ¿Por qué no puede comunicarse con nosotros desde un teléfono? —retó la muchacha al pastor.

—¡Así es! —gritaron todos al unísono.

—Bien, bien, dígame de qué se trata el mensaje – dijo el pastor con desagrado.

—Um... dice que el Ángel de Luz está entre nosotros, y creo que Dios lo envió para acompañarnos —respondió la muchacha con humildad, mientras cerraba los ojos en señal de contrición.

La noche transcurría en paz, pese a que la quebrada había empezado a bramar de manera casi insoportable. La neblina se asomaba a las ventanas amenazando entrar en el recinto. El viento arreciaba duro contra las hojas de los árboles del frente. Un silencio de muerte se esparcía alrededor.

Los hermanos de la congregación dieron por sentado que Dios había enviado a su Ángel de Luz para que les acompañara por esa noche. Las oraciones subían al cielo en un círculo de palabras constreñidas, de piedad y devoción, en volutas de humo que rebotaban en el techo y se esparcían por doquier, fundiéndose luego en la neblina del pasillo.

No habían transcurrido veinte minutos cuando Nancy sintió, por segunda vez, la vibración del teléfono. Inmediatamente presionó la tecla correspondiente y apareció el mensaje: “Soy el Ángel de Luz y estoy con vosotros, hasta hoy”. Agregaba el “hasta hoy”, y esto llamó la atención de la joven. Esta vez no se emocionó tanto, sin embargo se sentía segura, resguardada bajo la sombra del Altísimo. Pero algo que no podía entender se apoderaba de su mente, un pensamiento extraño, una incertidumbre que no comprendía, que no podía aceptar, un algo

confuso se impregnaba de su conciencia. Algo así como un sentimiento de culpa se agolpaba en su corazón que ahora galopaba con mucha más intensidad de lo normal. Y ante todo un miedo escalofriante, un temor al invierno que golpeaba con furia el techo de la casa. Los perros empezaron a ladrar. La quebrada parecía rugir como una tigre en celo. Las sombras de los árboles se debatían afuera en una lucha feroz, en resplandores fugaces de relámpagos y rayos que rompían con pesadez la calma de esa noche.

Un tercer mensaje llegó al teléfono de Nancy, pero ella ya no quiso leerlo. Estaba preocupada por el torrencial aguacero que se desparramaba con ímpetu sobre el barrio.

—Oremos para que la lluvia cese —dijo el pastor.

Otro mensaje vibró en el bolsillo de la falda de Nancy. Esta vez sí lo leyó. Decía: “Soy el Ángel de Luz y estoy con vosotros hasta el fin”. Llamó la atención “hasta el fin” e inmediatamente recordó el anterior: “hasta hoy”... pero y... ¿hasta el fin? ¿Y el que no había leído, qué decía? No lo leyó, pero lo que sí se le ocurrió fue preguntarle al mensajero del cielo: ¿Cuál es tu nombre, Ángel de Luz? Recordó los nombres de los ángeles de Dios, el Ángel Gabriel, el Ángel Miguel, el Ángel de la Guarda, el Arcángel Ezequiel, el Ángel caído... No, el ángel caído no... recordó las Sagradas Escrituras. A María se le había aparecido el Ángel Gabriel para avisarle que estaba embarazada del Espíritu Santo, pero ella no esperaba tanto de Dios, un mensaje en el celular era sin duda un milagro. ¡Un milagro en el grupo de oración! Desesperada, en un arranque de euforia, entonó con todas las fuerzas un ¡Aleluya! mientras hundía la tecla de entrada. La pantalla resplandeció. El mensaje

fue claro: SATANÁS. SOY SATANÁS. EL FIN VIENE AHORA MISMO.

Una mirada de horror tiñó su rostro. Una palabra apenas audible salió de sus labios. La chica sudaba frío y lucía pálida como una batata. Temblando, arrojó el celular a los pies del pastor e inmediatamente se desmayó. Cuando los hermanos acudieron en su ayuda ya era tarde. Un ruido ensordecedor invadió el espacio. Las puertas y ventanas sucumbieron bajo un ventarrón de hojas secas. Los enseres de la casa volaron por encima de sus cabezas sobre un eslabón de piedras y palos que arrasaban todo a su paso. El agua podrida de la quebrada arremetía llevándose los muebles, la cocina, la nevera, la ropa, consigo, en un río que mecía la casa como si se tratara de una barca en pleno diluvio. La marea se levantaba en una ola de espuma verde azul que hundía todo en un terrible vacío. La casa finalmente se resquebrajó desde sus cimientos confundándose con los trastos que giraban sobre las corrientes vivas, abriéndose por entre las calles del barrio. El celular vibró en alguna parte del espacio ahora violado por el azote de las aguas, pero ya nadie pudo leer ese último mensaje al grupo de oración.

LA TORRE MISTERIOSA

Mi hermana y yo teníamos curiosidad por subir a la torre. Imaginábamos cómo se vería la ciudad desde allí. Recién nos habíamos mudado y nuestros padres se veían felices por la adquisición. Entusiasmados recorríamos los pasillos, las habitaciones, la cocina y el jardín. Brincábamos de un lado al otro a lo largo del patio trasero, cuidándonos de no meter los pies en las rejillas de unos huecos circulares que estaban en las esquinas, justo al lado de los materos con arbolitos y enredaderas de flores amarillas. La casa tenía matas que colgaban de las vigas de unos balcones que se encontraban en los costados de la terraza. No era lujosa pero lucía cómoda. Y allí, a un lado, se erguía la pequeña torre con su mirador cubierto de rejas.

Mi madre nunca me dejó subir porque era su único hijo varón y temía que algo me pasara; mi padre, quien murió un par de años después, jamás se mostró dispuesto a abrirme la puerta de la torre. Mi hermana, que era mayor que yo, se casó y se fue de ese lugar. Y allí quedamos los dos, mi madre y yo, sobreviviendo con la pensión que heredó de mi padre.

Un día decidí subir a la torre. Mi madre trató de impedírmelo pero no pudo. Ya estaba muy vieja y no tenía fuerzas para enfrentarme y con frustración se resignó,

luego me miró con dureza como reprochándome el no haberle hecho caso; a continuación me echó la señal de la cruz. Esa mañana de abril de 1988, empecé a romper el anejo que cubría la puertecita y que daba a un pequeño pasillo redondo, de donde partía la escalera hacia arriba. Con las tenazas, rompí los nudos de alambre, abrí los dos candados, partí en seguida la madera que bordeaba el marco de la puerta. Al fin pude pisar sobre el redondel de loza de color amarilla con beige. Al entrar sentí el vacío que ofrecía la salida de aire de una claraboya que había justo a un lado de la escalera. Las paredes estaban cubiertas de piedras entre oscuras y verdes. De pronto descubrí un espejo que estaba colocado en un alfeizar de loza azul, imagino que fue incrustado allí para que emitiera luz cuando el sol resplandecía con mucha más fuerza en verano. Ese primer día me dediqué a observar con detenimiento cada detalle del faro, porque parecía un faro en medio del mar, esa fue la sensación que sentí. Cuando había subido unos cuantos peldaños se me ocurrió mirar hacia abajo y lo que vi me sorprendió: el piso brillaba de manera extraordinaria, y podía apreciarse la imagen de un rostro que exhibía una risa maligna. Clavé la mirada en el espejo y este me devolvió un rostro que no era el mío. Creo que palidecí y quise descender pero una fuerza interior, mucho más fuerte que mi voluntad, me obligó a continuar en el ascenso. Un frío aterrador giraba en forma de cono desde arriba hacia abajo y viceversa. La puerta se cerró de manera violenta. Traté de inclinarme pero mi cuerpo yacía petrificado ante el rostro que se dibujaba en la loza. Una paloma entró por uno de los vacíos del alambre que cubría la ventana y

al momento fue arrastrada hacia el espejo a donde fue a estrellarse, abriéndose en pedazos, esparciendo la sangre hacia los lados. No obstante, a causa de la fuerza del viento, el líquido rojo me dio en la cara, como si me hubieran lanzado una vasija de agua caliente. A duras penas ascendí otro escalón.

Mi madre yacía recostada en la cama, supongo. Serían como las diez de la mañana. Un cobrador llegó hasta la puerta principal y empezó a llamar a gritos. Lo escuché como si hablara desde una cueva. Como nadie le respondió dejó el recibo y se fue gradas abajo. Yo intenté responderle pero no pude, la voz no me salió y mi cuerpo estaba como paralizado. El viento silbaba afuera. Una lluvia menuda empezó a caer desde la ventana, salpicándome el rostro. Me acordé de mi padre, de mi hermana, y de ese día cuando ocupamos la casa por primera vez. Recordé las palabras del vendedor y la advertencia de no subir a la torre. Todo había pasado tan rápido. La familia se había esfumado en tan pocos años, y para colmo nadie nos visitaba sino los cobradores de los servicios públicos. No teníamos amigos, no teníamos a nadie a quien acudir, ni nadie que acudiera a nosotros. Estábamos solos ante el universo: mi madre y yo. Los únicos números de teléfono que teníamos registrados en el celular eran los de la policía, los bomberos, el de los servicios públicos de agua, luz, aseo, y el de mi hermana, en casos de emergencia.

Ese día pude subir al primer escalón de la torre. Miré el panorama de la ciudad desde allí. Los edificios, las avenidas, las plazas, los bulevares. Observé con detenimiento los alrededores aledaños: los sembradíos, las casas viejas y

las nuevas, el río allá a lo lejos, las carreteras y los caminos rodeados de árboles, el ganado en las fincas, y un poco lejos sobre el borde de las montañas la carretera principal que daba hacia la autopista. Nunca había tenido esta oportunidad, esta dicha. Y desde ese día empecé a subir los demás escaños de la torre. ¡Sí así se ve desde aquí, cómo se verá el mundo desde arriba, desde el último escalón de la torre! —pensé.

Mi madre se fue hundiendo en su desesperación, en una enfermedad que los médicos no conocían. Y yo ya no sabía qué hacer. Intentaba tranquilizarla. Le echaba alcohol sobre las piernas, en los brazos, en la cabeza. Decía que le daban muchos calambres y sentía demasiado calor. Un mes después la encontré recostada en el mueble largo de la sala, en actitud reflexiva, con los ojos fijos hacia la ventana: estaba muerta, parecía una imagen de cera, casi transparente, traslúcida y terriblemente demacrada. Había perdido demasiada sangre, pero esta no se había derramado en ninguna parte. Simplemente se había esfumado o desintegrado de tal manera que su cuerpo apenas mostraba algunos puntos rojos, muy leves, en algunas partes visibles del cuerpo. Era como una esponja estrujada por una mano gigante. Esa noche lloré de espanto, no me explicaba tal situación. Un zamuro merodeaba la ventana.

Muy pocas personas del pueblo asistieron al velorio; vecinos más cercanos y el cura. Mi hermana no pudo venir a tiempo, pero dos días después del entierro se apareció con su esposo y parte de su nueva familia.

—Dicen que la muerte de mamá fue muy trágica—dijo.

—Ni tanto, murió como un gato envenenado —se me ocurrió responderle.

—Pero fue extraña —insistió.

Mi hermana tenía razón. Su muerte fue extraña. Sufrió mucho, desde el primer síntoma de calor en su cuerpo, el dolor en los huesos y la palidez mortal de todos los días y las noches, hasta su última frase “se me está yendo la vida por los ojos”. Mi hermana regresó a la capital con su familia y yo quedé al resguardo de la casa mientras se podía vender. El tiempo transcurrió con una rapidez admirable. Los días siguientes fueron difíciles, los recuerdos no me dejaban dormir y para despejar la mente empecé a caminar como un zombi alrededor de la “Casa del Viento” —como la llamaba papá. La “Casa del Viento y su legendaria torre embrujada”. Su construcción parecía medieval; tenía una arquitectura de comienzos del siglo XIX, en Latinoamérica, pero con un toque de rococó o algo así: los aleros parecían contener la terraza a manera de alas de sombrero texano.

En realidad no sabía qué hacer. Se había acabado todo en la despensa y lo único que me quedaba era arroz y sal; eso fue lo que comí hasta que sucedió lo inesperado. Lo que pasó luego fue terrible...

Todos los días subía a la torre. El viento corría con más fuerza a medida que intentaba alcanzar el último peldaño de la escalera, pero ya desde ahí podía observar parte de la ciudad. Las nubes lucían regordetas en contraste con mi delgadez casi mortal. Sin embargo ese día, no sé cuántos desde la partida de mi hermana, el piso de la torre se vino abajo y yo me precipité al fondo con todo y escalera,

abriéndose la tierra en el círculo donde había visto el rostro de un ser con aspecto de demonio. Caí de bruces contra una especie de polvo acolchado, de color blanco, que expedía un olor desagradable, pero no asfixiante. De pronto me sentí como si estuviera en un templo antiguo. Las paredes del muro eran blancas y contenían murales con imágenes de personas con toga o batas amarillas. El borde o las líneas que los cubrían tenían un brillo natural semejante al oro. Poco a poco me fui incorporando mientras observaba el recinto y un pasillo que se achicaba hasta convertirse en un hueco hacia el final, lleno de luz.

Me incorporé y empecé a internarme en el túnel. Recordé vagamente el descubrimiento de los “Sistemas de túneles subterráneos” y “La Tierra Hueca”, de Timothy Green...en fin, la historia es otra y mi preocupación está viva por saber hacia dónde da este misterio de la torre y si esto tenía que ver con la Energía Libre, la anulación del peso y sobre las tecnologías secretas, que tanto han sorprendido a los científicos modernos y a los investigadores. Las paredes seguían iluminadas. Cuando llegué hasta el hueco por donde entraba la luz encontré una claraboya con rejas, protegida por un techo de piedra negra que daba al patio trasero de la casa del aire. Luego, al mirar hacia abajo resbalé y fui a dar a unas gradas de metal que conducían a una especie de sala redonda. Bajé con cuidado hasta llegar a una mesa o escritorio de madera cubierto con un metal brillante, de aspecto colonial, como las mesas de los reyes o reinas de España. En el centro del mueble había un libro cuyo volumen y grosor sorprendían; parecía estar enchapado en cuero de cabra o puma. A los lados, y en perfecto

orden, una hilera de sillas, trece en total. En un instante recorrí con la mirada todo el recinto y pude constatar que estaba solo. Que durante muchos años ese sitio no había sido pisado por algún humano, sin embargo percibía que era observado desde algún lugar oculto para mi visión. O como si un ojo prodigioso me proyectara hacia otra dimensión cuyo centro de interés era yo. Sin duda alguna, estaba conectado con otro mundo.

Abrí el libro. En la primera página podía leerse “Apocalipsis 20” en letras entrecortadas por las ranuras negras y el polvo acumulado allí durante años. Más abajo decía “Comité de los XIII”. El papel estaba ajado, no era para menos, y los bordes tenían huellas de manos que aparecían impresas en polvo blanco. Miré a todos lados como para ubicar el ojo extra sensorial (así lo llamé) que me observaba desde la oscuridad de algún laberinto próximo. Recordé muchas cosas aprendidas en la Universidad de Santa Helena, en mis años de estudiante de antropología, carrera que terminé gracias a que mi hermana se había quedado en casa. Luego, a mi regreso, ella se marchó a la capital con el fin de continuar sus estudios; allí resultó casada con ese horrible hombre de mechones crespos y cara de Volkswagen. De pronto sentí que yo había sido escogido por la voluntad divina o diabólica para hallar este misterio. Para encontrarme con seres y objetos de un pasado remoto que, a juzgar por los siguientes parajes del libro, me ubicaban en la era de transición entre la colonia y la neo colonia. Estoy determinado por una imagen romántica de la zozobra que me aprisiona contra un muro de enigmas. La primera parte del libro incluía todo el Capítulo 20 del

Apocalipsis, luego se alcanzaba a leer una especie de acta que resumía las labores u objetivos de la logia. No tenía nombres específicos pero sí aludía a funciones o cargos en categorías con responsabilidades públicas importantes dentro de la organización social de un pueblo o ciudad. Y a continuación se hacía un análisis del momento histórico en que sucedieron los acontecimientos. Al final del libro se estampaban las firmas de muchas personas comprometidas con el Comité.

Allí permanecí durante horas mientras leía el inmenso libro. Me detuve en las primeras frases del capítulo 20 del Apocalipsis que reza lo siguiente: “Y vi a un ángel que descendía del cielo con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente original, que es el Diablo y Satanás, y lo ató por mil años. Y lo arrojó al abismo, y [lo] cerró y [lo] selló sobre él, para que no extraviara más a las naciones hasta que quedara terminados los mil años.”

Hice un esfuerzo en la mente para imaginar la escena que acababa de percibir en el texto. Comprendí la situación: Se trataba de una secta u orden secreta que creía fielmente en la premonición bíblica, sólo que se había adelantado en el tiempo. Todo lo entendía de manera clara como si se me hubiera abierto la memoria, o como si de alguna manera recordara experiencias que no había vivido. Tal vez llegaba a mi memoria algo que pasó en otro tiempo, en otra época que no pertenecía a ésta. Vi cosas que no correspondían con el momento histórico que me ha tocado vivir. Cerré los ojos y vi, in vitro, una llave y una cadena que estaban en una gaveta de la mesa, la abrí y allí

estaban, ambas enlazadas entre sí, unidas. Cuando las vi, apareció en mi mente, como si viera a través de una pantalla, al hombre que levantaba ambas cosas y las exhibía, de manera angustiada, ante el escaso público reunido alrededor. Seis sillas a sus lados, para un total de doce y una la que ocupaba el ministro. Cada silla tenía estampado un letrero que aludía a una orden secreta francmasona. La primera representaba a los defensores de los Protocolos de los Sabios de Sion, luego la de los iluminados de Baviera; seguían los francmasones de América, los Caballeros de la Mesa Redonda (the Round Table), los promotores de la Declaración de Balfour, los Caballeros de Jerusalén, los visionarios de la profecía del 666, la Cofradía de la Serpiente, los Templarios, los Caballeros de San Juan, la Orden Teutónica, los Caballeros de Malta, los Rosacruces. Él dirigía una orden gerente denominada “Consejo de los 13”. Es el gran consejo de los druidas (Antiguos Sacerdotes, entre los galeses y bretones), los 13 grandes druidas que forman el sacerdocio privado de unos tales Rothschild.

Leí en uno de los pasajes del escrito: “Se trata del abismo, de la llave secreta con la que podemos encerrar al demonio, y de la cadena para azotarlo – dijo ya calmado el ministro, y luego, dirigiéndose al discípulo, le explicó que eso del libro griego que jamás fue escrito es un tema para ser tratado en una próxima reunión.

De acuerdo al libro, en lo que atañe al momento histórico en que sucedieron los acontecimientos descritos, la presente escena se ubica en 1812, en el Valle de Santa Helena, unos días antes del terremoto. Pero el origen de la orden se remonta a 1307, cuando una de las ramas de

los francmasones, los templarios, eran perseguidos por el Vaticano, por orden del rey francés Felipe IV. Muchos de los miembros de esa cofradía habían escapado de la prisión y la tortura impuesta por los inquisidores, refugiándose en Portugal, Inglaterra y Escocia. Allí trabajaron en secreto durante siglos para traer justicia al mundo y para hacer crecer los derechos de los seres humanos. Pero la historia muestra que, por otro lado, sociedades secretas tales como “el 33° grado del Rito Escocés de los francmasones”, pueden ser una fuerza peligrosa capaz de elegir gobernantes, derribarlos y servirse de alianzas secretas para provocar conflictos.

Sentí que mis manos ardían. De pronto el recinto empezó a estremecerse y al instante la visión desapareció. Quise correr hacia la salida pero no pude saltar sobre los escombros que en fracción de segundos se habían precipitado sobre la mesa donde estaba el libro. En un momento y sin poder aferrarme a nada, me hundí en un abismo que se abría cada vez más hacia una especie de cuneta de piedra. Mientras bajaba, caí en cuenta que el piso donde había estado desde mi llegada a la gruta, en forma de redondo, descendía abruptamente hasta estrellarse sobre un piso blanco, gelatinoso, e iluminado desde el fondo. Mi cuerpo saltó hacia la estepa de grana musgosa que rodeaba el redondo de piedra, ahora demolido y desarticulado entre sí. El impacto fue terrible pero no mortal. Perdí el conocimiento por poco tiempo, pero al despertar me encontraba tirado en una especie de alfombra natural. Inmediatamente miré a todos lados y la escena me hizo estremecer de pies a cabeza: estaba rodeado de esqueletos

luminosos. La apariencia de las calaveras transmitía horror, pero a la vez parecían sonreír con un rictus demoníaco. No sabía qué hacer. Observé con detenimiento, pese al temor que sentía, y pude constatar algunas cosas que ahora no sé cómo explicar. Pero lo que más me llamó la atención fueron las paredes. Allí aparecía de manera borrosa la palabra “**ILLUMINATI**” en rasgos finos, como si hubiese sido dibujada con trazos muy bien elaborados, y cuidadosos en el estilo, para ser reconocidos en este tiempo. Me incorporé y quise dirigirme hasta el lugar de donde salía la luz pero no pude. Permanecí allí por largo rato, observando la madeja de esqueletos. De repente advertí que el sitio donde me encontraba ofrecía un panorama patético, fantasmal, pútrido. De los ojos y la boca de las calaveras salían culebras que parecían cables encendidos, y gusanos de luz, cucarachas brillantes, escarabajos luminosos...en fin, un sinnúmero de animaluchos que semejabán luciérnagas fosforescentes, y los huesos parecían devolver esa luminosidad de manera recíproca. Las piedras ardían cual fogatas en plena incandescencia. El calor era insoportable. Me sentía como si estuviese en un horno a punto de estallar. Como si una calefacción sobrenatural mantuviera la temperatura a esa escala. Cuando pude levantarme me dirigí hacia unas gradas de piedra por donde creí que podría entrar el oxígeno que no permitía que alguien se asfixiara allí. Rodé a traspiés por entre una maleza de hierba que parecía estar viva, y a la que al pisarla se doblaba sobre sus tallos para dormir, pero que al alejarme se levantaba de improviso como adoptando una posición de defensa,

luego expulsaba un polvo blanco. Sudaba como un obrero en una fábrica de carbón.

Finalmente llegué a una especie de cueva interior, por donde entraba el viento fresco de la montaña y se veía el cielo; esto me tranquilizó un poco; calculé que todo el paraje de catacumbas esferoides se encontraba justo bajo la casa del aire y recordé los círculos, no los de Dante, sino los círculos de las esquinas del patio que están a un lado de los materos con arbolitos y enredaderas de flores amarillas. Supuse que cerca de ahí habría una salida. Me dirigí hacia el centro, pero luego intuí que no podía continuar porque desde allí divisé un pozo de aguas negras, donde se veían flotar calaveras y esqueletos vidriosos, empañados de polvo blanco, y en cuyo interior parecían tener una pequeña lámpara encendida. El fulgor emitía un humo azul que salía por los huecos de la osamenta de cara risueña que se desplazaban en medio de un cieno tenebroso. Regresé al principio para buscar la otra salida a través del foco de luz solar que entraba por un orificio de poco tamaño. Cuando me dispuse a seguir advertí un letrado que llamó mucho más que antes mi atención: “El arzobispo lo dijo” y “escuchemos al Padre Coll.

Todo esto me hizo entender mejor la situación: el libro contenía una advertencia de los Illuminati, y había sido escrito por fanáticos cristianos que pertenecían a esas órdenes. Seguramente percibieron lo que pasaba, y de alguna manera profetizaron esa desgracia con argumentos muy subjetivos, y finalmente echaron la culpa a otro grupo o sobre Satán. Por eso, buscaron concentrar en ese lugar, sin prejuicios religiosos o patrióticos, a los más diferentes

sectores de la política, la religión y las finanzas, para alertarles sobre lo que vendría pronto a esa población. Todo estaba claro, ese pueblo se había hacinado en las catacumbas de esa montaña para escapar del terremoto, por la conducción de una orden francmasona cuyo origen era muy lejano, se decía que era originario de los sumerios.

Doscientos años después, estoy en la cueva que permitió proteger a esa comunidad de las inclemencias de la tierra. Vagamente escucho mi nombre que me llega desde los círculos del patio. Es la voz del cobrador de recibos públicos que me llama a gritos. Lo escucho pero no puedo responderle. Luego balbucea algo que no entiendo del todo pero sí comprendo la última frase. Dice ¡Ay Dios, está temblando, está temblando! La voz no me sale para pedirle ayuda ¿Pero ayuda de qué si está mucho más angustiado que yo? Entonces me resigno. Me acordé del celular; marqué su número pero no había cobertura, ni la habría durante largo tiempo. Intenté con otros números, la policía, el de mi hermana, o el del hospital de Santa Helena, pero el teléfono no hallaba línea, definitivamente estaba incomunicado con el mundo exterior. Entonces debía asumir la realidad y continuar hasta el fin con esta pesadilla.

Tengo en mis manos la llave del abismo y la cadena. Y no sé si soy un ángel o un demonio y si este sitio alberga en su seno al dragón, la serpiente original, que es el Diablo y Satanás, atado por mil años. Y si este es el abismo que ha sido cerrado y sellado sobre él, para que no hiciera daño. Trato de subir las escaleras. En ese instante escucho tras mis espaldas un ruido, semejante al crujir de

una mandíbula inmensa que se alzara sobre las aguas. No volteo la cabeza. El miedo no me permite regresar, o al menos contemplar la difusa presencia de un ojo extraño que me mira desde alguna parte de la cueva, imagino. Que detrás de mí hay una sombra etérea de animal gigante, de dragón que ha despertado para lanzar su fuego sobre la montaña. No sé, pero mientras avanzo al primer círculo la cueva empieza a estremecerse. Es el fin anunciado. La tierra se mece sin compasión, el techo de rocas se derrumba y un río blanco se derrama sobre los cuerpos calcinados, luminosos, que yacen sobre el piso...la torre se viene abajo finalmente, la veo caer desde uno de los orificios de la gruta, pero una baba blanca, caliente, sale del pozo a donde lancé la llave y la cadena...y el libro sagrado de la orden. Regreso una vez más cuando una risa estrepitosa se deja oír a través de las paredes de piedra, una cargada espeluznante sale del pozo, de entre las sombras de los escombros, y se pasea por sobre las aguas podridas del abismo... anegándome.

NIÑOS EN EL BALCÓN

La noche se asomaba por entre los ventanales del edificio. Un perro ladraba entre las sombras, a lo lejos. El poste parecía un fósforo gigante en medio de la calle. Una pareja se besaba bajo el reflector de luz amarillenta. Hacía mucho calor.

—¡Hey, ya está conectado el dispositivo! Dijo el hombre de la chaqueta negra.

—¿A qué hora detonará? Preguntó el otro. El de la gorra azul.

—A las siete, una, otra, diez minutos después, por si acaso. Contestó el primero.

—Ah, bien, te espero para cenar. Se resignó amistosamente el segundo.

—¿Hay niños? Interrogó una voz distinta.

—No sé, creo que sí. Dudó el hombre de la chaqueta negra.

—¿Hay niños? Volvió a interrogar la voz distinta.

—¿Preguntaste tú sobre los niños? Interrogó una vez más el que había conectado el dispositivo. Se notaba agitado.

—No sé —dijo el otro.

—¿Pero tú preguntaste sobre los niños?

—No, yo... dije que creo que sí hay porque pensé que me preguntabas sobre eso.

—El teléfono está intervenido, la operación debe abortarse. Ordenó el segundo.

—No, creo que no debemos hacer eso, además el dispositivo ya está en marcha.

Aseveró angustiado el primero. Se llamaba Charly. Como la canción. Tenía aspecto de policía.

—¡Abórtalo! Volvió a ordenar el segundo, un tal Gámez, mientras se quitaba la gorra.

—No puedo —afirmó Charly. Todo está listo. Las puertas se van a cerrar en 10 minutos.

—¿Hay niños? Se oyó la voz misteriosa.

—¿Quién coños habla ahí? El teléfono está intervenido, pana, salgamos de aquí.

—¿No eras tú? No, no juegues conmigo viejo —agregó Charly, pegando la boca, llena de saliva, al celular, con tono de angustia. Hacía calor. La luna se veía a lo alto, como una lámpara de ónix.

—¿Hay niños? Resurgió la voz. La noche lucía serena. Un gato negro maullaba cerca del balcón.

—¿Quién habla ahí? Coño e la madre, nos descubrieron —aulló el segundo.

—¡Coño, sí! Aprobó el primero.

Dos sombras se deslizaron a lo largo del pasillo. Una camioneta negra salió

disparada del edificio. Rechinó los cauchos. El conductor estaba nervioso, las manos le temblaban. Sudaba como un boxeador.

—¿Hay niños ahí?

Se repitió la voz, con un dejo de ansiedad. Pero ya nadie podía escucharla. La camioneta explotó a dos cuerdas del edificio. Los niños, 20 en total, ya estaban en el balcón. Un camión de carpa roja los esperaba en el vacío. Los niños lloraban.

El edificio fue demolido 20 minutos después. El estruendo se oyó en toda la ciudad. El camión fue abandonado en el patio de la policía. El chofer desapareció por entre los árboles de la avenida. Los niños lloraban. El hombre de la camioneta, murió en la explosión. Su celular apareció entre las cenizas, con sus llamadas de rigor.

Media hora después los hombres brindaban con champaña, bajo la luz de un solitario restaurante, mientras esperaban la cena. Tenían mucha hambre.

Charly miró por última vez la pantalla de su teléfono. Tenía un mensaje. Lo leyó: ¿Y los niños? ¿Qué saben de los niños? ¿Dónde están? Ustedes deben responder por los pequeños.

—¡Coño! —Gritó el hombre mientras arrojaba el celular al suelo.

Hacía mucho calor. Los chicos lloraban.

LA PEQUEÑA MANADA

Las aguas del lago Lemán lucían terriblemente negras a esa hora. Las cabezas de algunos animales se levantaban sobre las crestas de las olas. Sofía yacía sentada en una piedra, observándolo. Las estrellas titilaban en lo alto con fulgores melancólicos. Una melodía destemplada, de un instrumento desafinado, parecido a un oboe, se oía en medio de la neblina. Y a lo lejos, más allá de las rocas que, cual efigies, se celebraba un ritual de muerte. Teas encendidas se levantaban por sobre las bocanadas de humo y las estepas de calina de la noche. La muchacha se había separado del grupo. Su amante, Raimon, la seguía con la mirada, mientras apretaba la mano de su esposa, la caldea rubia, Murza Al Kaalón, y entonaba el cántico. La brisa acariciaba sus rostros. Sofía empezó a llorar por nada. A veces lloraba y no sabía por qué. Todo parecía encantador, incluso la neblina. Botellas de licor se repartían entre los presentes. Ella estaba embarazada de Raimon y éste ni siquiera lo sabía.

A las doce exactas se encontraron los dos escuadrones. Los unos descendían de las alturas, desde las colinas y las rocas de los cerros. Los otros venían de las sabanas, sus garras se aferraban a la espesura. Raimon los esperaba sobre la escalinata de piedra del viejo templo de la montaña.

Todo apuntaba a que la reunión iba a ser un éxito. Raimon era el jefe de la primera manada y Luxor, el jefe de la segunda. Todo estaba listo para la asamblea donde se iban a tomar decisiones muy serias entre ambos bandos. Ya bastaba de guerras intestinas entre hermanos de la misma sangre aunque no del mismo destino humano.

Qué... ¿Por qué en el lago Lemán? – preguntó Sofía a su amante. Y Murza la miró con ojos de lechuza.

—Esta noche es importante para todos nosotros, hermanos de ambos rebaños. Hermanos de sangre y convicción. Honores al poeta Lord Byron nos trae hasta acá. Sé que el viaje ha sido largo, que es un sacrificio tan grande como ser lo que somos... y honores a Wiliam Polidori, también al poeta Percy Shelley y por supuesto a Mary, su mujer, a quien debemos la creación de nuestro hermano de sufrimientos Frankenstein... y a Lord Stoker, y a nuestro amado hermano Drácula; bebamos el vino de sangre de la consagración en este lago y bajo esta luna llena que nos ilumina...

Sofía levantó la copa. Murza la miró con desprecio.

Luxor también habló. Se refirió a las mutaciones que durante siglos habían sufrido y cómo la naturaleza se ensañaba contra ellos, y de los diferentes ciclos lunares por los que ha pasado esta galaxia. Les enseñó que el mejor camino es estar siempre iluminados por la luna.

—El sol nos quema hermanos. Todos aplaudieron con emoción.

La noche estaba clara, las estrellas resplandecían en lo alto como una de las lámparas del castillo en Transilvania. En realidad había sido una hermosa velada, con fogatas

de silicio que emitían una luz suave, dulce, profunda. Las aguas del lago se encrespaban y los animales, toninas tal vez o perros de agua, se levantaban sobre las crestas, con ímpetu, para chapotear con donaire y entereza sus cualidades de animales acuáticos.

La manada no paraba de aplaudir.

—¡Brindemos hermanos, con vino rojo, con sangre, con la sangre de Cristo y sus acólitos! – Gritó Luxor. Y levantando la copa, la rozó con la de Raimon. La madrugada los acogía entre sus brazos de oscuras hojas y hierbas malélicas. Después vino la unción. Se firmó el pergamino y empezó la fiesta. El espectáculo era digno para una escena de la película *Fright Nighth*. La fragua del verano, en la planicie, hizo que el espíritu victoriano, de tiempos inmemoriales, les permitiera olvidarse de todo para entregarse de lleno a las orgías milenarias, propias de sus tradiciones legendarias.

Los lobos aullaban al viento, todos a una sola voz. Los vampiros se colgaban de los árboles, de las enredaderas, de las nubes. Las muchachas danzaban con diademas de diamantes y perlas en el pelo, descalzas y desnudas. El vino bañaba el aire de rojo, y el viento se cargaba de azufre. Alrededor había chimeneas que expulsaban bocanadas de fuego y ceniza. El campo se vestía de cereza rosada. Venían de todas partes, de las grandes ciudades del mundo: New York, París, Tokio, California, donde renació la historia, quizás. Blandían viejas espadas, cristos negros, rosarios de pipas, secretos, amuletos, reliquias, talismanes, contra las absurdas religiones que jamás respetaron sus creencias ni su naturaleza humanoide.

La luna menguó su lumbre al corte de la penumbra que anunciaba la salida del sol. La brisa recorría el valle con caricias de gotas livianas. Los árboles se mecían al compás del ritmo de una melodía infernal que se oía a lo lejos, en la neblina que ya empezaba a cubrir el lago. La frescura matinal retornaba en volutas de viento, bajo la coraza de fuego que se extendía a lo lejos, en serpentinas de colores que rasgaban el tiempo.

La mañana regresa al fin. Y con ella la manada. Los dos bandos se despiden finalmente, ebrios todavía.

Sofía yace en el fondo del lago, degollada.

EN ALGÚN LUGAR DE LA CASA

El estaque sigue ahí, con el agua mordida por los perros y los años. Una luz emerge desde el fondo y barre el patio de hojas secas, de semillas lanzadas al olvido, de cáscaras de nueces y gusanos devorados por la luna. Todo está ahí, en las solitarias habitaciones, ocho en total, con sus camas, sus mesas con lámpara, su alfombra, y sus escaparates viejos. Y la ropa húmeda, desteñida, ajada. Todo está ahí, los espejos, las vitrinas, los muebles, los pasillos solitarios, y el jardín. Es una casa grande, colonial, vistosa, con una mata de mango en el centro, y rodeada de árboles frondosos, cuyas ramas parecieran abrazar el techo de la sala principal. Todo está ahí, en el eco insondable de la noche que regresa de la montaña, de más allá de las otras casonas antiguas con techos de teja y hermosos balcones en las ventanas. El viento golpea las cortinas, mueve los aleros, mece las plantas que habitan los materos de cemento desvaído. Y aunque todo parece como enterrado en el olvido, ella, la muchacha de cuerpo robusto y caminar sereno, anda por ahí, con la escoba en la mano y un trapo de limpiar el polvo. Ya lleva años allí, años que se han hecho siglos. Sin embargo es joven todavía. A pesar de todo lo vivido en el recuerdo de un tiempo que no regresa, es una muchacha, al menos así lo parece. Sus vestidos y batolas, largas batas

de seda, y sus sandalias de plástico, dan fe de su entereza para afrontar las duras faenas de limpieza y la comodidad que transmite cada espacio de la casa. El aroma a limón o yerbabuena invade todas las instancias, cada rincón, los espacios donde no entra la luz. Ella va y viene de un lado a otro, religiosamente, día a día, en una rutina que ya forma parte de su vida. En los meses de lluvia se cubre con largas mantas, sacos negros o abrigos de lana, pero jamás abandona su trabajo, es un hábito, una costumbre, o una necesidad. Su alma es pura como las rosas blancas del bosque.

Nicolás, su compañero, es un empleado de un canal de televisión con mucha audiencia en su país, un camarógrafo muy reconocido. Ha estado en casi todas las filmaciones que el Departamento de Producción le ha asignado, incluso hasta en las más peligrosas, como excavaciones de tumbas o de escombros de viejas estructuras en busca de vestigios de otras civilizaciones o de muertos después de una terrible tempestad, y las novelas de bajo costo, comerciales y de poco esfuerzo artístico, o en películas de misterio que se han rodado en ese estado, cuyos guiones están basados en leyendas, cuentos y testimonios de adormilados escritores sin fama. Así han transcurrido sus vidas. Él sale a eso de las seis de la mañana y regresa después de las diez de la noche. Sólo los domingos está en casa, pero se dedica a jugar dominó con los amigos. Ella lo espera con la cena, aún caliente. Recién duchada, y vestida como para salir. Pero él está cansado. Viene de un día agitado, de muchas cosas hechas en poco tiempo, de comerse el tiempo a empujones entre la cámara de filmar y los gritos del jefe. Viene hecho niebla y sombra y sólo

ve la regadera y la cama. Ella se acostumbró a verlo así, con los ojos apagados, como si llegara entre sueños y así desapareciera entre las sábanas blancas de la cama. Pero ella habla de él como el hombre que la había salvado de la intemperie del universo. De una soledad que vagaba en los trenes del metro y las esquinas de una ciudad en la bruma y atiborrada de violadores y ladrones de carteras, de personas condenadas a la lujuria y la pena de llevar sus vidas al margen de eso que llaman ley, decía.

Victoria es como la libertad y la independencia de su país. Victoria y Nicolás, así los conocen en la plaza del barrio. Pero nadie sabe gran cosa de ellos, de sus hijos, de su pasado. Ella guarda recuerdos de un tiempo que se va tejiendo mientras zurce su destino. Calles, muchas calles de Roma, de Vittoria, Villa Borghese o Primavalle... acunan su memoria. Un niño nacido de la nada, en una pobreza de habitaciones deshabitadas. Ir y venir entre las horas de sol sobre su rostro, quemándole la vida de una nostalgia perdida en la infancia. En el centro de la casa hay una escultura de virgen, pero no sabe cuál es su nombre ni su autor. Algo aprendió en la cuna del arte de la escuela de Florencia, en Nápoles, en la Scuola Appia Vecchia, y en la Torre di Babele. Sorprende entonces cómo, a través de los años, esos rostros regresan en esa imagen que luce descuidada en los espejos del patio. Rostros, muchos rostros de hombres, de mujeres, de parturientas campesinas de Monte Mario. De lunas forajidas que se aprestan a devolverle esos espacios, esos sitios donde cultivó el exquisito sentido de la imaginación. De noches en la Vía Cipro, Positano o Piccolo de la antigua Bistrot...donde conoció

su destino o al menos una parte de su destino. Viajes, aviones, trenes, barcos, recorren sus recuerdos. Pero ahora yace como atolondrada ante la desprotegida escultura. Una notte ha sognato con quel giovane che la fece sentire per la prima volta donna...” con aquel ángel que la envolvió entre sus sábanas y le prodigó el fruto que haría de ella una errante en el mundo donde lo nombra entre sus sueños que despiertan con recelos vanas emociones de un tiempo que hoy lo vislumbra entre los ojos secos y moribundos de la escultura. Por demás está decir que desde hace ya algunos años su cuerpo había empezado a sentir la ausencia de un río que otrora fue un mar de algas y caracoles encendidos.

Una mañana sintió la fuerza de un amor que regresaba en la niebla de la ciudad. La mirada de alguien que venía entre la fronda nebulosa con hojas secas y ceniza. Y aunque tenía mucho que hacer, era como recibir una visión divina que no le permitía continuar con la limpieza. Se lanzó en la primera cama que encontró, de las ocho habitaciones deshabitadas, se lanzó de espaldas, misteriosamente arrobada de luces, de un pasado que se erguía sobre las aspas de un ventilador que movía el aire desde el techo. Cerró los ojos y se vio de pronto ante el ángelus de la evocación, en un día soleado en cualquier calle de Roma, en otra habitación y bajo el enigma de no saber si estaba viviendo realmente ese arrebatamiento del espíritu o lo estaba imaginando. Desde el claro oscuro del closet, con la ropa depositada allí, creyó ver otras imágenes que emergían como salidas de las sombras. Vio a su hijo Bruno, y a él, el padre, su pareja de años, su compañero

de estudio y padre del muchacho. El aire recio de ese momento aleteaba la ventana y traía un suave aroma a café recién colado. Serían como las cuatro de la tarde, y los gallos cantaban. Era extraño eso, los gallos cantan en la madrugada pero jamás a esas horas. Una música de piano llegaba a sus oídos, algo de la Letra de Parla Piu Piano de Patrizio Buanne. El eco le llegó en una honda remota, con lejanas caricias de viento. De pronto abrió los ojos y todo era igual, nada estaba sucediendo, todo estaba en su sitio, se había quedado dormida tal vez y el tiempo había pasado. Eran exactamente las seis de la tarde y no sabía cómo había caído en esa situación que se le ocurría era como un “sueño atrasado” que el cuerpo necesitaba para seguir activo. Se duchó y continuó con la labor.

Nicolás regresaba de su mundo. Venía de la noche, cansado, hecho trizas y soñoliento, como siempre. No se percató de la variación de ánimo de su compañera. Sus ojos lucían mucho más grandes de lo normal. Tenía un rostro bonito, pero un donaire excelso, casi gótico. Llovía. Ella le recibió como una gatita en celo. Pero él no quería nada, sólo dormir. Sutilmente la rechazó, se puso la toalla y se metió en la ducha. El agua sonó como una regadera reprimida. Como si no quisiera abrirse al cuerpo de Nicolás. Ella la escuchó desde la cama, en contraste con el viento de invierno que rozaba las persianas. Sus manos parecían dos pájaros en llamas, pero cerradas en un puño cóncavo. Lentamente se quedó dormida, pero tenía los pezones tensos y bullía en su vientre un enjambre de víboras que amenazaban salir. Durmió a pierna suelta y no supo de su compañero. Su cuerpo viajó en delirantes tormentos de la

piel. Y en sueños vio a Bruno, en un tiempo que emergía de la memoria y que la hundía en una prisa de encuentros soterrados. Hacía ya muchos años que no lo veía y ahora, ahora soñaba con él casi siempre. Sin embargo le pareció normal, era el único hombre que había amado en su vida, porque a Nicolás... a Nicolás lo consideraba su compañero, solo eso. El hombre que la había salvado de las calles, de las tempestades de un mundo inmerso en las brumas y los vientos adversos. Al levantarse ya Nicolás se había marchado. No supo nada de él, la noche se le había ido en un suspiro de alivio. El día se abría como un abanico de colores. Salió al pasillo, todavía estirándose y bostezando. En la cocina encontró su desayuno, ya servido, y cubierto con otro plato encima. Y un café ya frío al que dispuso calentar. Desayunó, y salió otra vez al pasillo. Le esperaba otro día de limpieza y soledad, pues nadie venía a su casa, nadie absolutamente. La familia de él vivía en otra ciudad y la de ella siempre estaba ocupada. Por lo tanto el día para Victoria, era limpiar, también dedicarse a la cocina y prepararse algo para el almuerzo. La escultura parecía mirarle desde el centro de la placita en el patio. Años de años sobre su cabellera negra, sin canas, pues todavía era joven a pesar de todo, era una mujer que cruzaba cuarenta y tres ríos de sangre...

El estanque sigue ahí, con el agua mordida por los perros. Victoria persigue con la escoba a los gatos, por la azotea de la cocina. Ha subido las escaleras que dan al tejado de la sala. De pronto advierte, desde la altura, una puerta pequeña que se haya a un costado del estanque. Qué raro, jamás vio esa puertecita. No recuerda ese lugar,

aunque cree conocer muy bien la casa. Inmediatamente se dirige hasta allá, y al verla, se da cuenta que tiene un candado. Se acuerda de unas llaves que están... ¿en dónde están? Se pregunta. Y vuela como una bruja en su escoba a lo largo del patio de tamarindos. Al rato regresa con un manajo de llaves y una de ellas, oxidada, entra perfectamente en la ranura. La puerta está demasiado des cuadrada y la yerba, a los lados, esconde los contornos de la misma. Pero logra abrirla. Hace sol. Son las diez y veinte. Entra. Un olor a moho sale del fondo. Continúa descendiendo. Lleva un martillo con el que golpea el candado para que ceda al sitio donde pudiera entrar mejor la llave, igualmente sucede con la puerta. Sin embargo, al bajar aún más, con precaución, quizás con miedo, escucha cómo la puerta se cierra de un solo tajo, como si el viento la hubiera empujado. Pero no se preocupa, lleva el manajo de llaves consigo.

Baja por unas escaleras que tienen el aspecto de una serpiente enroscada a un tubo largo de metal, corroído, húmedo, y oxidado. El olor a humedad es casi insoportable. Las paredes se ven borrosas, sin embargo puede distinguir algo así como figuras, aunque cree que podrían ser ilusiones ópticas. Estar allí —siente— es como si se hubiera trasladado en el tiempo. Todo le parece demasiado antiguo. Observa con cuidado, al tocar suelo, como si descendiera de las alturas a una dimensión de otro tiempo. Hay espejos por doquier. Espejos enmohecidos, borrosos, dantescos. Espejos grandes, anchos, incrustados en las paredes. En alguna parte lee algo así como “¿Pedro Valdo é una strega?” Mira el escrito y no le causa

impresión en el momento, pero luego cae en cuenta que lo entiende porque está escrito en italiano, y vuelve la mirada esta vez con mucho asombro. ¿Pedro Valdo es una bruja? Se pregunta. Pero ¿quién era Pedro Valdo? ¿Y por qué está escrito en italiano? Vivimos en un país donde se habla español... reflexiona, no obstante continúa por un pasillo largo y estrecho, con mucha lama a los lados, en donde se ven otros escritos que no es posible interpretar. Imágenes diabólicas van apareciendo luego en algo así como vayas destrozadas por el abandono de los siglos. Rostros entrecortados por chorros de pintura o sangre seca, que transmiten un aspecto surrealista. Cuerpos de mujeres, algunas desnudas, y otras cubiertas por unas largas batas negras, con algo entre las manos, como copas de metal o copones. Inmensas bocas desdentadas se abren en otras puertas que dan a unos pasillos tenebrosos y nauseabundos. Tiene que taparse la nariz para no arrojar lo que tenía en el estómago en el acto. Una luz penetra al recinto, débilmente, a través de unos barrotes que dan al patio. En ese momento siente que esa escena ya la había vivido antes, como cuando se sentaba en un restaurante con Nicolás, y sentía, de pronto, que estaba repitiendo ese instante, que todo, o muchas cosas de la vida regresan, o que ya las hemos vivido alguna vez.

Todo le parece tan familiar, los cuadros, los espejos, las aves de rapiña que forman parte del escenario, las caras de locos, de brujas, de ancianos horribles, de diablos espeluznantes. Un enano, vestido de negro, con orejas inmensamente grandes, saltan sobre una cuerda. Cuchillos ensangrentados sobre cuellos de gallinas y otros animales,

sirven de decoración en las paredes siguientes. Nada es ajeno para Victoria, nada está fuera de su ámbito real, aunque se trate de un recuerdo extraño. De algo que había vivido antes, pero ¿dónde? ¿Junto a qué personas? ¿En qué país? ¿En Italia?

Sigue hacia una fuente de agua negra que hierve de larvas. Se sienta en un banquito de madera y se queda allí, meditabunda, con la mirada perdida en la población de bacterias que van de un lado a otro. Ha perdido la noción del tiempo. Al frente, unos cuadros borrosos, de funestas escenas demoníacas, le dan ese aspecto diabólico medieval. Los haces de luz se filtran por entre unas claraboyas mínimas que apenas medio iluminan el sótano. Jamás podrá explicarse el por qué, en un pueblo como ese, sumido en el más remoto olvido, al pie de una montaña y desprovisto de algún elemento natural o hecho por la mano de sus pobladores, sino su arquitectura, pudiera existir ese escenario propio de los rituales brujeriles, que, ahora que lo piensa, se parece a uno de esos pueblos de Italia, Abruzzo, Basilicata o Emilia Romagna. Nada más absurdo pensar que en algún tiempo que sólo la memoria colectiva podría atesorar con miedo, un grupo de emigrantes hubiera llegado hasta ese lugar huyendo de la Santa Inquisición. Hay demasiado tiempo y distancia entre una región y otra, en países totalmente lejanos, sin embargo Victoria recuerda cosas, imágenes que vio en alguna de las paredes de uno de esos pueblitos de Italia. Vagamente se remonta en los recuerdos y cree verse allí, en una de esas calles de piedra con casas antiguas, y jardines en su centro, y una estatua de un santo o santa, tal como es su casa, y de igual manera

rodeada de árboles. Todo le parece tan familiar, tan suyo que cree estar fuera de este siglo, que siente que su espíritu se ha ido a las márgenes de otra dimensión, por una puerta que la conduce a sitios vivamente recreados en su imaginario. Pero no es una fotografía en cámara lenta lo que la abstrae de ese laberinto incierto, es su melancolía, su soledad, y ese hijo suyo que se fue entre el vaho de una ciudad apostada en el infinito de un sueño infernal.

Era ella, con su talega y su copa de cristal en la mano. Y era también la época de sufrimiento de las brujas de un sótano que ofrecían sus vidas al diablo. La alborada tejía esa fúnebre orfandad que la hacía debatirse entre el bien y el mal. Un hijo suyo... ¿había nacido alguna vez? ¿Por cuánto tiempo lo tuvo en sus brazos? ¿Había huido como la Virgen María y José su esposo con Jesús, el hijo de Dios, perseguido por Herodes?

Satanás la había marcado en lo íntimo y eso no se borraba con los años, ni siquiera con los siglos. El fuego del infierno la envolvía con sus llamas. Empezó a llorar. Estaba ahí, frente al cuadro atroz de su vida y ante el lenguaje que le parecía, curiosamente, conocido. Leyó la inscripción. Las palabras del *Transitus Fluvii*: el idioma de las brujas. El legado de los siglos:



Todo estaba allí, como una revelación surrealista. Victoria no salía del asombro. Quiso regresar pero no pudo, ya no sabía cómo hacerlo, vio muchas puertas a la vez y todas muy parecidas. De pronto vio una mujer en el umbral, en una foto curtida de hongos, mohosa, pero evidente a pesar de todo. Era ella, no había duda. ¿Cómo había llegado allí? No sólo la foto, ya no importaba el sitio, ahora le preocupaba su vida... ¿cómo había llegado a esa casa? ¿Nicolás sabía de eso? ¿Era, acaso, cómplice de tan difícil situación? ¿Por qué no estaba allí? ¿Por qué llegaba solo a dormir y no compartía con ella más que la noche, bajo las sombras mágicas de los árboles de la ventana, y viendo algo de televisión? ¿Por qué no se sentía mujer al lado de él, y por qué él no la deseaba como mujer? ¿Desde cuándo había empezado esa pesadilla?

Lloró patéticamente. Lloró como una niña que perdió a la madre en el mercado, con hambre y ganas de jugar y de sentirse amada. Miró una y mil veces el cuadro del Posted. Se sintió perdida y ya no iba a hacer nada por regresar. Comprendió que todo había sido perfectamente planificado desde la oscuridad de su vida. Que su existencia formaba parte de ese laberinto que la hundía en la más terrible soledad humana. A lo lejos se oía el canto de los pájaros en los árboles.

El sol había bajado y se acercaba la noche. Tenía frío y unas ganas ardientes de ser amada. Quiso desnudarse, y no sabía por qué. Pero también quería cantar, cantar el lenguaje oculto de las esposas de Satán. El canto de Pedro Valdo é una strega, mientras pasa el río, el río, el río... lalalala

Pero también quería rezar, orar, clamar, y no sabía a qué, a quién...sin embargo nada de lo que sentía hacer podía hacerlo. Se volcaba dentro de su ser una infructuosa y torturante duda. Se despojaba de algo y a la vez se revestía de otra esencia, casi como una mutación horrible. Entonces danzó sobre los huesos de un macho cabrío, entre demonios que reían incesantemente, que rendían culto al Príncipe de Luz, al ángel de la visión órfica, el que se había revelado en el cielo. Danzó como una ninfa, como una cabra negra, como una diabla...danzó en la penumbra mientras cantaba desentonadamente esa estrofa desconocida. Danzó en su locura babilónica, en su fábula dantesca, en su cuadro de histeria y melancolía, y mientras danzaba las lágrimas corrían por las mejillas como los ríos del canto...

Odió a Nicolás, lo odió con todas sus fuerzas, odió lo que hacía, odió a su hijo muerto, al perseguido, al marcado con la soga y el cepo, al degollado por ser la bestia del futuro, por representar a Belcebú en su piel de rosa inocente...odió a Bruno, a sus flores y sus ropajes, su cabellera negra y su bigote. Era ella, estaba segura de sentirlo. Ella, la bruja de Befana, la Bryggja del río que ahora pasa por su pecho. La bruja enterrada en un cementerio cerca de Lucca, en la región italiana de Toscana; la bruja de los siete clavos en la mandíbula, así como otros 13 clavos alrededor de su esqueleto. Era ella sin duda alguna, ella en carne viva, reencarnada, revivida del polvo de otros tiempos y otras memorias. Era ella, simplemente ella, Aradia, Diana, Magdalena... Victoria. VICTORIA.

El estaque sigue ahí, con el agua mordida por los perros y los años. Una luz emerge desde el fondo y barre el patio de hojas secas, de semillas lanzadas al olvido, de cáscaras de nueces y gusanos devorados por la noche. Todo está ahí, en las solitarias habitaciones, ocho en total, con sus camas, sus mesas con lámpara, su alfombra, y sus escaparates viejos. Nicolás regresa del trabajo y no la encuentra, no está, se fue, lo abandonó como otras...

Victoria danza en la media luna de su muerte, entre la oscuridad del sótano y la claridad de su memoria, ahora despierta a los nuevos tiempos que le esperan en esa casa, en esa ciudad, y en esa otra vida que regresa...

LA SONRISA DEL MONSTRUO

La tarde se colgaba de la luna a punto de aparecer. Los ojos del monstruo miraban de soslayo por la ventana del fondo, el bosque que se veía al frente. El sótano yacía silencioso como todos los días y las noches. La casa era inmensa, rodeada de árboles, y a las afueras de la ciudad. La familia Martínez vivía de los ingresos de una inmobiliaria, y de los arriendos de casas, apartamentos y terrenos donde se sembraban verduras o se había construido sendos garajes o mercados.

Nadie sospechaba de Luis Martínez, abogado de gran trayectoria en la región, y mucho menos de Juana Alarcón, su esposa, maestra de escuela, y hábil organizadora de eventos dedicados a obras sociales, como la de los desamparados de la casa de niños de la calle, o de los ancianos. Sus hijos, todos estudiantes en diferentes universidades del país.

Pero ¿Quién era el monstruo? Se preguntarán ustedes. La investigación había arrojado un final no feliz para la familia Martínez ni para sus hijos. La historia de la ciudad, pequeña al fin, se podía reunir en un libro pequeño. Dos calles apenas la cruzaban, frente a la autopista que iba hacia la capital. Un solo banco, una ferretería, un restaurante, un abasto, un mercado libre, una peluquería, y una iglesia.

Eso era, más o menos, la ciudad, que tenía como todas las ciudades del mundo, una plaza en el centro con una efigie dedicada a un santo o a un héroe. ¿Y si la ciudad era tan pequeña, por qué no llamarle pueblo? Por una razón muy sencilla, el registro de personas vivas reflejaba el exigido por las leyes territoriales para llamarse ciudad. Y no importaba si estaban o no vivas. Mucha gente se había ido de ese lugar a buscar trabajo en la capital, que quedaba a unos quince o veinte kilómetros de distancia hacia el sur del país, y un grueso había muerto en el terremoto de 1974.

Un terremoto, años atrás, había destruido la mitad de sus habitantes, hacia el lado del río, un poco cerca de las montañas y el bosque de pinos silvestres, que era el lugar turístico y único ingreso seguro que tenía la Ciudad del Trébol, como le decían. Le decían así porque todos los caminos contiguos estaban sembrados de trébol. Las muchachas jugaban con ellos al atardecer, quitándoles las hojas para saber sobre sus novios o compañeros. Un sol intenso caía sobre los prados y las estepas de las montañas, en las planicies e incluso en el bosque de dunas y palmeras silvestres.

Nada pasaba en años en la Ciudad del Trébol. Se vivía bien, en paz, en armonía con los vecinos, hasta que... bueno, hasta que se supo de la existencia del monstruo. Pero no fue fácil descubrir ese sótano, ese lugar maldito por la naturaleza, desacralizado por la Iglesia Católica, los pocos evangélicos, y los testigos de Jehová, de la región. Monstruo sí, o tal vez no, no sabemos todavía. Lo poco que sabemos es sobre el traslado que se hizo, de manera casi secreta, y a media noche. Sin embargo tenemos las

confesiones de la familia Martínez. Pero no podemos hablar con ellos, con ninguno de ellos, porque también los tienen se los llevaron, no se sabe por qué. Todo es un misterio en esta ciudad, ni siquiera yo, que soy tan sencillo y tan discreto, puedo disimular el asombro que me provocó tal incidente.

Nosotros, acostumbrados a la tranquilidad, a la solidaridad entre vecinos, y ante todo a la lealtad a la iglesia y a las autoridades, nos vimos de pronto al borde de una guerra civil entre hermanos. Cosas que pasan, dirán ustedes. Y puede ser que estén en lo cierto, pero no es así. Y aunque se digan tantas cosas de los Martínez, uno sabe que no son culpables, al menos en lo que respecto a guardar durante tantos años tan, terrible secreto. Pero sí culpables en las consecuencias que arrojó ese secreto.

Pero la historia comienza cuando el monstruo todavía está encerrado en el sótano de la casa, de la familia Martínez. Ahí fue donde vivió durante años, donde creció, y donde desarrolló esa capacidad terrible de la telequinesis, la telepatía, y la tele transportación. Durante años yo fui algo así como el capataz de la casa de los Martínez, pero jamás me enteré de nada hasta que... ay Dios, con tan sólo recordarlo, se me pone la piel de gallina y me dan ganas de gritar.

Fue esa noche, esa noche horrible. Acababa de ver algo extraño en el cielo, vi la luz que relampagueaba, que botaba rayos a los lados, y noté que uno de los rayos, muy fino, daba contra las ventanitas pequeñas del sótano. Eso fue lo que llamó mi curiosidad y así fue como me asomé al vidrio, y lo que vi ¡oh, Dios! Inmediatamente subí las

gradas y abrí la puerta de la casa y me dirigí al cuarto del señor y la señora. Toqué la puerta como un desquiciado y al instante ésta se abrió. El señor Luis estaba hecho un nudo de palabras, pálido, descompuesto, y la señora permanecía con la cabeza agachada, no quería mirarme, no me daba la cara. Les pedí explicaciones, y él me pidió que me calmara, que nos sentáramos a hablar.

—Es mi hijo, bueno, es nuestro hijo – atiné a decir.

—¿Su hijo, hijo de ustedes, del matrimonio Martínez?
¿Ese monstruo?

—Sí, así es, pero es una historia muy larga de contar, verás...

Ella salió de la habitación sin darme la cara, debía ser por vergüenza o por temor a que yo la ofendiera e hiriera sus sentimientos de madre. Al rato bajamos al sótano. Las escaleras lucían misteriosas, un poco oxidadas. La puerta que da al sitio donde estaba el monstruo, yacía herméticamente cerrada, con candados grandes. El señor Martínez abrió, lentamente, cada candado y empujó la puerta. Inmediatamente se escuchó un berrido que me erizó la piel. Era como un quejido que arañaba las sombras. Yo iba detrás, me seguía la señora Juana. Juanita, como le decíamos cariñosamente. Descendimos por unas gradas de concreto. Al entrar al sitio, se vino hacia nosotros una especie de gorila gigante, con patas anchas y gordas, pero con cuerpo de bebé. No era un mono, era un joven, casi un niño, pero con un tamaño anormal. De pelo largo, de ojos grandes y encendidos, y con unas manazas que si me dejara atrapar me haría añicos inmediatamente. Sentí un vacío en mí que me pareció una pesadilla. Me vi

obligado a replegarme a la pared. Mis manos temblaban y sentí que me iba a orinar en los pantalones. El inmenso niño estaba amarrado de un pie, a una viga inmensa. Brincaba de un lado al otro y emitía esos chiquillos que parecían provenir del fondo de la tierra. A su alrededor había comida descompuesta y excremento. El lugar olía horrible. Me sentía muy mal, sentimientos encontrados, y un poco de odio, porque también sentía odio hacia los Martínez. Ella le habló con voz pausada, con mucha suavidad. Y él volteaba la cara como tratando de orientarse. No había duda de que Juanita le tenía miedo. El Sr. Martínez permanecía quieto, como una estatua de cera, pues se veía pálido, no sé si por el claro de luz de la ventana que le daba en el rostro o porque en verdad había palidecido de horror ante el cuadro. Percibí también que él casi no visitaba a la criatura, y quien se había hecho cargo del bebé grande era ella, Juanita, la madre del engendro. De pronto el muchacho se quedó mirándome, levantó la mano y me señaló, luego movió la cabeza en señal de desaprobación, intuí y empezó a gritar como un animal salvaje. ¡Oh, Dios, qué gritos, que forma tan horripilante de sentirse incómodo con mi presencia allí! Eso hizo que me retirara hacia las gradas. No quise ver más esa escena, no soy, creo, masoquista, no puedo disfrutar del dolor ajeno, del sufrimiento de ese niño, de la soledad y el abandono en el que se encontraba. Al fondo del sótano vi una cama de madera y hierro, en total desorden, con una cobija vieja y roída. Todo ese cuadro fue suficiente para decidir marcharme, y así lo hice, emprendí la huida hacia la casa. El Sr. Martínez me llamó, con voz temblorosa, obviamente preocupado.

No quise escucharlo y salí de prisa, no sabía qué hacer, corrí a lo largo de la cocina y arribé a la sala, abrí la puerta y en un momento estaba en el patio. Crucé el prado, el camino de tamarindos, la verja y me alejé. No sabía qué hacer. Caminé como un autómatas por la calle, pensé en acudir a la policía pero no me pareció prudente, entonces me contuve, creí que lo mejor que podía hacer era esperar, hablar con los Martínez, y regresar, pero necesitaba caminar, correr, vencer el miedo que me invadía...

Debo confesar que esa situación me afectó demasiado. Confiar ese secreto a alguien era como lanzar una bomba en pleno centro de la ciudad, y sentirse culpable, luego, de las terribles consecuencias que pudieran arrojar tal información. Era como seguir una gaviota en la playa, sin barca, sin las mínimas condiciones de caza. Anduve por ahí, de calle en calle, fui a la plaza, después me arrojé a la marea de gente que frecuentaba un bulevar en busca de comida y placer. Un sitio donde se comía y se bebía como si el mundo se iba a acabar pronto. Desanduve como un loco en plena avenida, bajo los faroles de la ciudad. Y ya en la madrugada regresé a casa. Mi mujer me informó que los Martínez me buscaban, que se veían nerviosos, dijo, finalmente. No pude dormir esa noche. Veía al niño grande amarrado a la viga, lo veía saltar como un oso. Una profunda sensación de abandono me condenaba en ese momento a replegarme contra la pared, a permanecer con los ojos impávidos, insomne.

Al día siguiente, tempranito, fui a casa de los Martínez. Ellos me esperaban justo en la puerta, sentados en las enormes poltronas del pasillo. Él fumaba. Ella

bordaba algo. Al instante se levantaron y se prepararon para recibirme. Ya no se veían tan pálidos ni preocupados como la vez anterior.

—Sr. Manuel, dijo, y se acercó para tenderme la mano de manera cordial. Juanita se quedó sentada, apenas levantó las pestañas, y con gesto apacible, me saludó, moviendo la cabeza como un robot.

—Estuve pensando – dije, después de saludar —que, lo mejor que podrías hacer es avisar a la policía, o a las autoridades especializadas en esos casos, no sé. Agregué mientras buscaba donde sentarme. El Sr. Martínez me acercó una silla, palmoteándome solemnemente.

—Siéntese, Manuel, debo hablar con usted, largo y tendido, como decimos coloquialmente. Escúcheme atentamente. Ese hijo mío, nuestro – y señaló a Juanita —es un monstruo, no es humano, no lo es, por eso lo tuvimos que encerrar. Verá usted, es muy larga la historia, pero quiero que me escuche atentamente.

—Diga usted, Sr. Martínez, que le quiero escuchar atentamente.

—Verá usted. Juanita y yo fuimos de viaje a un sitio al que llamaban afrodisíaco. En él había un pequeño lago de agua azufrada con otros elementos químicos, propios de la zona. Le decían así, porque decían que muchas parejas estériles podían quedar embarazadas en el acto, si bebían de las aguas termales o se bañaban en las orillas. Nosotros fuimos porque Juanita presentaba una especie de enfermedad que atacaba la dermis y la epidermis. Ya habíamos agotado todas las instancias médicas, consultado a todos los dermatólogos del país, y aplicado todas las cremas y

lociones que nos indicaban. Su piel, empezó a abrirse en pequeñísimas zanjas, no eran estrías, eran protuberancias mínimas, como si se estuviera cuarteando. Además el cuerpo se tornaba de un color verde esmeralda pero muy claro, muy leve. En fin, debido a eso terminamos en las playas benignas o malignas de ese pozo de agua verduzca. Fuimos, un poco asustados, pero a la vez teníamos la esperanza de que ocurriera el milagro, y el milagro ocurrió, pero de igual manera Juanita quedó embarazada. Éramos muy jóvenes todavía, y gozábamos de muy buena salud sexual y pasión. Por lo que fue fácil acostarnos en la arena en una de esas noches frescas, porque fue en un lugar afrodisíaco y hacer el amor bajo la luna llena.

La piel de Juanita se volvió como la de un bebé, pero a los nueve meses nació el monstruo. En ese entonces la tecnología no estaba tan avanzada por lo que no fue posible verlo a través de un aparato de esos, en un eco obstétrico. Cuando nació, llamamos a una partera, que era la usanza de ese entonces. Y la mujer al halar al infante entró en shock, en parálisis mental, y le dio algo así como una embolia cerebral. La retiramos en el acto e inmediatamente pude traer a luz a ese ser. Por supuesto que eso me causó asombro. Pesaba más de lo normal y su piel era escamosa y verde oliva. Verde piel, verde animal de agua dulce, verde del color de los caimanes, o de los sapos. Pero lo más extraño es que al abrir los ojos, estos tenían como una luz muy brillante que traspasaban el vidrio de la ventana. Eso hizo que corriera hacia donde se dirigía la luz y allí vi, eso que iluminaba el cielo en luces parpadeantes. Acababa de ver algo extraño en el cielo, vi la luz que relampagueaba,

que botaba rayos a los lados, y noté que uno de los rayos, muy fino, daba directo a los ojos del niño. Cuando Juanita vio al espectro se desmayó, pero al recuperar el sentido, empezó a decir cosas, a maldecir, y a llorar. Hicimos todo lo posible para que la gente no se enterara de ello, pues los vecinos y parientes esperaban ver al recién nacido. Eso hizo que pensáramos en trazar una estrategia y así fue como enterramos a la vieja partera en una urna pequeña y la velamos como si se tratara de un angelito. Nadie se enteró de nada y nadie extrañó a la anciana, pues como siempre viajaba a otras ciudades y pueblos para hacer trabajos de ese tipo y de brujería, lo obvio era pensar que posiblemente muriera en uno de esos viajes, y entre familiares lejanos. Desde ese entonces cuidamos al niño y lo encerramos en el sótano. Era nuestro primer hijo, después vinieron los otros hijos, todos normales, por cierto.

—¿Y qué hacemos ahora? Pregunté, con timidez.

—Ahora, ahora, depende de usted. Dijo de manera enfática, como para adjudicarme la responsabilidad de ser el dueño de un destino que se preciaba de ser negro como la noche en que decidimos la suerte del bebé grande.

—¿Cuántos saben de esto? ¿Cuántos muertos ha costado el silencio de este caso?

—El cura del pueblo, el prefecto, y una secretaria. Pagamos bien sus muertes.

—¿Y a mí? ¿Me van a matar también?

—No, Manuel, ya esto no puede seguir. Llegamos al final. Siento que el bebé no pertenece a este mundo. Hemos visto las señales en el cielo, y el poder que ejercen en el niño grande. Hemos visto cómo brillan sus ojos,

cómo actúa en noches de luna llena, cuando esa luz en el cielo parpadea. Cómo usa los poderes de la mente, la telepatía, la telekinesis, la teletransportación, indudablemente el tiempo de él o de ellos, no es igual al nuestro. Para nosotros todavía es un niño, pero grande. Para ellos, no sé. Esa bola de luz se acerca, y sus rayos dan directamente contra la casa, y cuando eso sucede, el bebé se agita, e intenta soltarse de las amarras. Hemos sufrido mucho con esta situación, en silencio, en secreto, pero ya no es posible continuar con esto, ya no podemos, nos sentimos impotentes, la verdad, el mundo se nos vino encima, el lago de fuego y azufre de la isla con sus aguas verdosas, nos anega, todo viene de allí, todo parte de esas arenas, bajo esa luna llena de ese entonces, y con esa luz sobre nosotros. Estamos condenados a sus designios. Creemos que el niño debe ir al encuentro de esos seres. No es humano como nosotros, lo sabemos, lo sentimos, lo hemos sufrido en carne propia. Y así fue como planificamos la partida hacia el lago.

Esa noche lluviosa emprendimos el viaje. Todo estaba perfectamente calculado.

Salimos en plena madrugada. Pasamos por largas avenidas rodeadas de montañas, tupidas de tréboles. Juanita le inyectó algo para dormir. Luego, entre los tres, lo arrastramos a la cava del camión. Luego lo amarramos a los barrotes de la cabina y lo sujetamos duro contra el techo. El viaje fue largo y triste. El Sr. Luis no paraba de hablar, de contar todo por lo que habían pasado con el bebé grande. Juanita no paraba de llorar. Intuí en ellos algo extraño que no sé explicar, sus rostros emitían un brillo de metal, como fosforescente, fino pero a la vez iluminado

desde adentro. Los ojos de ambos parecían estar teñidos de un color rosa o morado, como focos de fuego. Y no paraban de mirar la hora y la luna. Eso fue lo que percibí en varias ocasiones. El niño durmió en todo el trayecto. La carretera casi no podía verse debido a la niebla, y la lluvia amenazaba con desbordar las quebradas y los ríos. Las montañas podrían venirse abajo, sin embargo todo salió bien, fue un largo viaje pero finalmente llegamos al destino. La playa estaba desierta a esas horas, y las aguas se mecían al ritmo de un viento ufano que buscaba la copa de las montañas y regresaba, impertinentemente, sobre los árboles y las matas de coco que bordeaban el malecón. Las palmeras se mecían como fantasmas y parecían emitir un canto extraño que se confundía con el eco del lago.

Abrimos la cava y sacamos al bebé grande. Su cuerpo, grotesco y escamoso, su rostro como embadurnado de crema, sus dientes largos y filosos, daban la sensación de encontrarnos con un ser del paleolítico. De esos seres de la televisión y el cine que tanto han dado que hablar en las generaciones de ahora, como Hulk, el hombre increíble. Ese ser verde y desproporcionado estaba ahí, sobre la arena, en el mismo sitio donde hacía unos años atrás Luis Martínez y Juana Alarcón se habían entregado en una pasión que recorría ahora los recuerdos de ambos y les estremecía sus corazones en un instante en que se esperaba cualquier cosa del universo, del cielo esmaltado de estrellas, de la luna y las constelaciones. El monstruo sonrió, y sus dientes relucían como clavos luminosos, como carbones encendidos. Era la sonrisa del monstruo, la sonrisa que jamás volvería a ver, la sonrisa que avisaba el reencuentro

con su raza. La hora había llegado al fin. La luz empezó a fulgar en lo alto. Me quedé mirando fijo al mar. El peinado sobre las olas, de color aceituna, que traslucía en medio de las sombras. Las penumbras también parpadeaban. Imaginé cosas o las viví en fracción de segundos. Vi cómo el agua se teñía de rojo, de un rojo violeta, y cómo el viento hacía girar las hojas de los árboles, como caballitos danzantes. Luego vi descender una copa transparente de aros que caían lentamente sobre nosotros. Los pájaros, en plena algarabía, buscaron otros horizontes. Tutilaba hacia los lados, como tejiendo un abanico de espadas de fuego que cubrían el espacio donde nos encontrábamos. Sentí miedo una vez más, un miedo distinto, como si el mundo se fuera a acabar en ese preciso momento. Corrí hacia las palmeras. La luz descendió, la cosa esa, parpadeante, terrible, fosforescente, y los envolvió de pronto, a todos tres, y en un santiamén se los llevó en una fogata incandescente.

Esa madrugada regresé a casa. Fui a la ventana, el cielo lucía azul, como una taza de orfebrería esmaltado de estrellas, y la luna seguía allí, grande y redonda, como una naranja.

TODAVÍA PUEDO SALVARME

No somos infalibles, ya lo sabemos, pero cuánto quisiéramos alejar de nuestras mentes la idea de que nos vamos a morir algún día. Que este sol que vemos ahora ya no lo volveremos a ver, o esta luna mágica, hermosa, cual naranja encendida en medio de la noche, no disfrutaremos nunca más.

Eso también ya lo sabemos. Esa noche me acosté muy temprano. Así fue como empecé a notarlo. Desde hacía ya algún tiempo había venido acostándome cada día más temprano. No lo hacía por cansancio, no; en ocasiones tal vez, pero era otra cosa, algo extraño que aún no sé explicar. En el día trabajaba normalmente en la fábrica, como cualquier otra persona, aunque me desempeñaba como inspector de producción de una fábrica de hilo. Tenía a mi cargo mucha gente. Obreros rasos y dos secretarias: María Velandia y Carmen Colmenares, jóvenes aún y solteras. Muy eficientes, por cierto.

En el día me entregaba con pasión al trabajo, sin reservas, pero al caer la tarde sentí el llamado de las sombras. Ante todo se trataba de un deseo, acaso misterioso, de vivir a tras luz, un nuevo sueño. Soñar se había convertido en un placer al principio, luego en una pesadilla de la que debo salvarme. Ahora lo recuerdo todo, incluso cada

uno de los sueños que se fueron acumulando en mi mente como viejas fotografías en blanco y negro, y esa voz, esa maldita voz que me hablaba desde esa otra dimensión a la que estoy a punto de entrar de manera definitiva. O no sé si podré al fin salvarme del todo de ese espectro, de ese invento de mi creación, o de esa obsesión metafísica que trasciende mis sentidos y que al despertar, al sentirme vivo otra vez, doy gracias a Dios como un fanático de una secta religiosa.

Recuerdo vivamente algunas de esas pesadillas que al intentar describir, algo sobre humano me recorre el cuerpo de tal manera que siento ganas de llorar. Es espantoso todo y a la vez como imposible de relatar. Las imágenes no son de este mundo, ni nada de lo que hay allí, ni siquiera los seres que me hablan desde los universos remotos de una mente universal. El psiquiatra ha intentado por todos los medios hacerme hablar más de lo normal y no lo ha logrado, y aunque quiero decirlo todo no puedo, una fuerza muy poderosa se cierne en mi cabeza y me frena las palabras. Sin embargo en mi mente lo veo todo tan claro, como si viera una película...

Ah, se me ha olvidado decir que tengo una familia: esposa y dos hijos. Que ella es abogada y ellos estudiantes de arquitectura, el primero, y de ingeniería el segundo. Aunque esta información no tiene importancia para nada en esta confesión que trato de hacer —porque más allá de intentar contarles una historia real de mi vida, es una triste y sincera confesión de alguien que ya raya en la paranoia —es parte de la terapia a la que me ha sometido mi familia. Todo es confuso. Al acostarme, después del trajín

de un día expuesto a las vicisitudes cotidianas de la vida real, empezaba a escuchar la voz. La escuchaba adentro, en la cabeza. Era una voz gruesa, espantosamente grave, pero muy suave, con cierta ternura. Y aunque no comprendía sus palabras, si a esos sonidos, a veces onomatopéyicos, se le podían llamar palabras, las oía y obedecía, o en todo caso, mi cuerpo obedecía sin rebelarse, sin preguntar nada, sin contestar nada.

—awwwww sppppppppp...auuuuwwwwiiiizzzzz —
Ahora mismo las escucho. Pero no están afuera, no proceden del pasillo o de las habitaciones, no están en el viento, no las percibo desde un parlante, o como parte una señal radial que entra con facilidad en el equipo receptor de frecuencias moduladas. No, las oigo como en la frente, o las sienes, adentro, adentro, infinitamente adentro...en los intersticios de la mente, de mi cerebro a punto de explotar cuando se repite y no cierro los ojos para entrar plácida-mente a su mundo.

Desde entonces vivo esta eterna apariencia de vida, estas dos verdades que se complementan en mí sin que haya una forma de comprender su origen. Alguien, en un momento, me dijo que ciertas personas, algunos cuerpos humanos, su naturaleza orgánica en todo caso, son sensibles a esos fenómenos y que con el tiempo se acostumbran a vivir una doble vida, sin que eso se interprete como de carácter moral, es decir, no se trata de yuxtaponer dos categorías, si me permiten esta alegoría, entre el bien y el mal. Eso no está planteado en esta situación, eso no lo veo así, no lo siento así, lo que sí entiendo es que son

dos mundos totalmente distintos. Sigo escuchando la voz:
wwwwwwwwwsppppppppppp...auuuuuuuuuuuuuiizzz

Cierro los ojos. Paso a paso trataré de explicar esta experiencia ante la curiosidad del psiquiatra y que él va a grabar para sus estudios preliminares sobre mi caso. De pronto me veo en una trinchera que se abre a lo largo de un campo desolado. Camino por ella. Presiento que debo bajar hasta el fondo y seguir la ruta que se abre ante mí, como una serpiente negra. Creo que estoy en un sitio donde se libra una guerra, pero no sé qué tipo de guerra. Todo es oscuro aquí, tan solo un leve resplandor que viene de algún lado que no logro ver, medio ilumina el lugar. Veo cosas, no es gente, son cosas, tampoco son animales, finalmente no creo que sean objetos, son como bestias, siluetas de seres que no existen en mi mundo real. Son ojos que caminan, ojos grandes o como lámparas inmensas pero que no están encendidas...es horrible (...pero a la vez es hermoso lo que me atrae...) todo. Tienen forma de raíz o de tentáculos que se juntan, pero van y vienen sobre la línea divisoria de la zanja. Camino lentamente hacia el fondo de algo que puede ser como una boca inmensa con dientes retorcidos...escucho nuevamente esos sonidos: auuuuuuuuwwwwwwzzzzzzz...

Cuando intento razonar, todo se diluye y regreso al mundo real. La cara del psiquiatra parece como hecha de legumbres amarillas. Esa sesión fue demasiado larga. Me siento profundamente cansado y debo dormir a pierna suelta, pero a eso es a lo que le temo. Dormir ya no tiene para mí el significado que tiene la gente de ello. Finalmente me despido del psiquiatra y busco un restaurante pero a

esa hora ya casi están cerrados. Deseo tomarme un café. Son las nueve de la noche y las luces de la ciudad me parecen como luces de bengala de tigres de metal. Todo luce desolado y eso me causa angustia. De nuevo estoy llorando en medio de la vía pública, como un tonto. Estoy recordando todo, y escucho la voz con mucha intensidad, me están llamando desde esa otra dimensión a la que ya quizás me debo por entero.

Todo ocurrió como siempre. Al otro día acudí a mi trabajo. Debía cumplir con ciertas metas que exige la empresa, y cuando empezaba a registrar los datos, inmediatamente recibía los mensajes en mi cerebro. Alguien, presumo, intentaba comunicarse conmigo telepáticamente, es lo que consideraba después de todo, aunque ese término y sobre todo esa sensación que me transmitía, me pareció que pertenecía a un orden de fantasía que permitía la burla de los científicos serios, que si los hay por supuesto, y de la gente religiosa que cree que la voz de Dios puede hablar al corazón de los humanos y a la mente para guiarlos por la “senda del bien”, no obstante esta voz – auuuuuwwwwwwiiiiiiiiizzzzzz... no creo que venga del Todopoderoso...y esto también me incomoda. Ya no es solo al atardecer, en esa hora sublime a la que llamamos “ocaso” que es cuando la luna emerge lentamente de entre las colinas y el sol huye hacia el fondo de las penumbras, en ese continuo giro de la tierra, no, ya la empiezo a escuchar a todas horas, como llamándome, como implorándome algo, que la escuche, que la comprenda...y yo intento hacerlo, me detengo, escucho las palabras en mi mente, pero no entiendo nada, solo siento el impulso de algo que

toca mis sentidos y me hace sentir triste, muy triste... luego pasa todo y puedo, finalmente, entregarme del todo al trabajo.

Así he vivido durante estos últimos tres años, confieso al psiquiatra. El hace las preguntas de rigor, y yo las contesto como si estuviera haciendo un test. Pero todo me parece tan familiar que ya puedo separar lo uno de lo otro. La realidad que vivo in situ, con mi vida, mi compañera y mis hijos, el trabajo, y las actividades rutinarias de siempre, y lo que veo y siento en esa otra proyección de mi "yo" que intento interpretar ahora...y que se hace un nudo en alguna parte de mi ser, un nudo de ahorcado que no logro desatar.

Regreso a la tempestad de ese sueño misterioso. Camino sobre los rieles de un tren amarillo. Corro a lo largo de un campo de árboles frutales y espigas o palmas de soya o sorgo, dice el psiquiatra, de acuerdo a mi descripción. Vivo ese momento como si se tratara de una realidad en cuerpo presente. Escucho la voz: auuuuuwwwwwwiiiiiiiizzzzzzzz...que me acaricia los oídos. El escenario es mucho más claro ahora, antes, al entrar, todo era oscuro, ahora, inmediatamente cierro los ojos, empiezo a desandar por esos campos extraños. No es un delirio, es una experiencia onírica, le oí decir al médico. Tampoco es real, es un estado mental, yo no lo veo así. Para mí no es un estado mental, es un encuentro con otro mundo, alucinado, iluminado, sensorial. Me abstengo de opinar, ya no me importa lo que piense el psiquiatra o cualquier otra persona, me importa mi vivencia. Sigo a través de los rieles, el tren se aleja, ahora usurpo un prado de hierba o flores

de colores, por sobre sendas amplias, arriba a una explanada y en el fondo se ve una especie de choza levantada con madera y hojas secas. Estoy cansado, y lo que más me asombra es que desde esa otra dimensión recuerdo la fábrica de hilo y los compañeros de trabajo. Recuerdo todo como si se tratara de un sueño melancólico. Mis dos hijos, eso me impacienta, me abruma. Todo lo percibo como otra existencia, la real, digo ahora, aunque la real para mí es la choza, el árbol que le da sombra y el campo de flores que si vislumbra al fondo. Por otro lado me repugnan los personajes que vi en la trinchera, esos seres aterradores que no tienen alguna forma conocida, esos ojos grandes con patas o ruedas o no sé qué se persiguen entre sí... (creo que no tengo conciencia geométrica) y que proyectan una imagen de octaedros o pentaedros, o estrellas de puntas largas con ojos por todos lados, como los ángeles del Apocalipsis... De pronto me veo dentro de un mundo primitivo. Hombres y mujeres con guayucos. Hablan entre ellos, no me han visto. El corazón se me quiere salir, salta como un pez en un acuario muy pequeño. Es el Gran Alpha, la Llama Rosa, el Verbo del Principio, el encuentro con mis orígenes, creo. Mis ojos brillan en medio de la espesura, advierto. De pronto veo en lo alto de una loma una especie de carroza hecha toda de madera. Veo la rueda, ya inventaron la rueda, y también las armas, pero aún no han podido crear un tipo de ropa para el invierno, porque ya se acerca, según lo veo en la atmósfera que transmite la montaña del fondo. No sé si ya no existen los dromedarios o las aves del paleolítico. Los observo, él la acaricia, ella posa su cabeza en su pecho. Es una escena muy romántica,

pero aun así, se ven nerviosos. No sé si es que no me ven o es que no han mirado hacia donde me encuentro. Sigo en la encrucijada de mi destino, y esto me lleva a hacerme una pregunta obligada: ¿esto le pasa a todo el mundo o es a mí, únicamente? El psiquiatra me mira asombrado. No se trata de una confesión cualquiera, dice. He regresado, he venido, he sobrevivido al efecto de ese inframundo. No soy un fantasma ni un espectro, soy solo esto, un hombre que quiere saber cómo escaparse de esa dimensión. Sin embargo parezco un fantasma, un espectro, un paciente que sufre de... ¿soy un paranoico? Le pregunto al médico. Me despido de pronto. No quiero saber más nada de eso, solo quiero continuar con mi vida...solo eso.

Camino a lo largo de una avenida. Los árboles se van quedando desnudos de hojas y un viento recio los despoja de todo. Ya casi se acerca el otoño y el sol se cuela entre las nubes, aunque sigue haciendo frío. Está a punto de llover pero es como para despedirse de otra estación. El universo parece complicado. El aire me da en la cara con sus filamentos de astillas de las hojas. Sigo calle abajo sin detenerme, pero el corazón empieza a trotar y al instante se me empoza el agua en los ojos. Inmediatamente busco los lentes negros y me los coloco. Las lágrimas corren como pequeños riachuelos rojos que quieren o necesitan saltarse de sus órbitas. Al fin llego a casa. Mi compañera me recibe con un vaso entre las manos, es un líquido rojo, parece sangre. Esto me causa cierto horror y paso hacia la habitación. ¡Es solo un jugo de tomate! – grita desde la sala...pero yo ya no quiero tomar nada.

Desde ese entonces, creo, la voz se hizo mucho más clara, empecé a entenderla. Poco a poco fui decodificando las sílabas y los sonidos, aunque influyó mucho la intuición, y a lo mejor la nostalgia o el acento con que se expresaba, pero también porque quien se estaba comunicando conmigo había aprendido el español, y esto facilitaba más la relación con un ser del más allá. Pronto supe que todo era cierto pero que no era tan fácil de explicar. Así se lo comuniqué al psiquiatra, quien, para esta fecha, ya había grabado muchas cosas y las tenía almacenadas en pendrives y cds...y por supuesto en la computadora. De todo lo expuesto hasta ahora surge la incógnita, la que atañe a ese fenómeno del sueño, a ese regreso del “Gran Alpha” (así lo bauticé), al principio, al origen, a la creación de la rueda y al descubrimiento del fuego, al guayuco de fibra natural y los seres romboides o con forma de pentaedros como las estrellas de cinco puntas...sin los triángulos inconexos o invertidos de seis puntas.

Sospecho que el psiquiatra, al igual que mi compañera, no cree del todo la versión. Yo sostengo mi tesis, además de la amargura de cargar con este peso de contradicciones. El enigma sigue siendo el enigma. En esa atmósfera luciferina y cartesiana, de alguna manera, he empezado a tocar otros territorios mucho más peligrosos. Desanduve, entonces, esos parajes, en terribles pesadillas de las que al despertar me sentía agotado, pálido y visualmente demacrado, como si hubiera estado bebiendo hasta la madrugada. Ese rostro mío parecía el de un cadáver, esto, por supuesto, influyó en el equilibrio que había mantenido entre mi trabajo y mi hogar. Ese rostro mío empezaba a

adquirir una forma casi primitiva. Me dejé crecer la barba y para mi asombro me di cuenta que me parecía al hombre que aparecía en esa escena del sueño, junto a esa mujer de apariencia silvestre. Pero lo que más me impresionaba es que sentí muy cercanos o demasiado, familiares, los sonidos de la voz dentro de mi cabeza, a la que presentía haber trasladado al espacio que me rodeaba. Era como si la oyera en el aire, y de igual manera algunos de los otros ruidos que eran parte de las pesadillas. Por ello vibraba en mí el deseo constante de dormir para entrar a esa otra dimensión y descubrir, al fin, que había detrás de todo eso. Lo que más me preocupaba era mi situación emocional, algo que no cuadraba del todo en mí era esa especie de angustia que me perseguía de manera obsesiva. Confieso no entender nada de mi psiquis, de ese cuadro de angustia severo que ha diagnosticado el psiquiatra. En todo caso me he armado de valor sin embargo mi compañera dice que debo chequearme la tiroides. Yo poco sé de eso, no obstante me preocupa ese río desbordado constantemente en mis ojos, esas ganas de llorar que no se me quitan por nada. Cuántas veces he salido corriendo del trabajo pensando en dormir. Dormir por millones de años en esa cama del sótano a donde me he confinado en estos últimos meses, aludiendo a que no puedo dormir con nadie porque ronco demasiado, grito, gimo, y hasta aúllo. Cuando entro, advierto un placer que no había experimentado jamás... es mágico, demente, y hasta inverosímil. Mucho más placentero que hacer el amor con alguien a quien se ame de verdad. Ese encanto magistral lleva impresa la marca de un sello que se abre como una llave y que me eleva al más

alto de los estados mentales y espirituales de los que haya gozado el ser humano. Verlo todo desde otra dimensión es un delirio genuino que impregna mis sentidos de satisfacción. Así lo percibí al principio, pero luego todo se fue transformando en un ritual satánico, por así decirlo, que se fue apoderando de mi mente, de mi voluntad. Ya me debía a esa voz. Ya me controlaban desde otra parte, con ímpetu, con fuerza, con ansiedad. Ya todo era como un vicio, como consumir cocaína o cualquier otra droga psicotrópica. Alucinaba, alucinaba como un idiota. Me veía ahí, junto al árbol y ante esa choza maldita, con ese otro ser parecido a mí, con esa mujer desconocida a la que la voz llamaba Lilith. Ante esos seres maquiavélicos, deformes, espeluznantes. Mi ser se debatía en una horrible angustia que me laceraba profundamente. Lloraba, pero no por cobardía, sino por impotencia. Mi alma estaba herida. Lo sabía. ¿Podría salvarme de esto finalmente? ¿Saldría ileso de esta pesadilla? ¿Volvería a ser el mismo? ¿Creería nuevamente en la vida terrenal?

El médico sigue con sus estudios. Cita a Freud. Dice que me enfrento a un monstruo de la mente que yo mismo he creado. Le digo que no, que yo jamás pude haber creado ese fantasma, y no solo ese fantasma, repito, sino esa atmósfera de los sentidos a donde soy arrojado al dormir, sin que yo lo pueda evitar. Le grito que he perdido el control de mi mismo, que ellos, esos seres de muchas voces y ánimas me dominan, que no es un estado mental sino una posesión de un mundo que habita mi yo interno. Prefiero el insomnio a esto, le digo, aunque ambas cosas son igual de malignas para el cuerpo humano. El psiquiatra no

sabe qué decir, o qué hacer, y se le ocurre hacerme una Regresión. Lo pensaré, le respondo, y salgo espavorido de su presencia. Ese día me despidieron del trabajo. No daba la talla, dijo el gerente. Mis registros de producción habían bajado considerablemente. ¿Qué haría ahora? ¿Dormiría todo el día para entrar al territorio del Gran Alpha?

En efecto empecé a dormir demasiado. Poco me alimentaba, lo necesario, creo. Me aislé de todo el mundo. Me entregué al vicio de dormir. Dormir millones de años y despertar algún día junto a otra gente, en otro universo, en otra dimensión. Pero no debía ser así. Mi compañera no sabía qué hacer, ni mis hijos. Parecía que me había quedado dormido para siempre. Lo extraño es que los veía allí, en ambos lados de la cama. Finalmente, y después de ciertas deliberaciones, llamaron al psiquiatra y este ordenó que me sacaran, con urgencia, al hospital. Lo vi todo, pero no podía hacer nada. Estaba como entre una nube. Flotaba en el aire denso de esa mañana de agosto. Me veía allí, en esa dependencia médica, en esa cama de metal, con sondas y cables a mí alrededor, con agujas en mis brazos, con suero, sangre, y analgésicos aunque no me dolía nada. Regresé al paraje de los rieles. El monte sobresalía. El sol empezaba a bañar los campos de luz. Se veía descuidado, hacía mucho que no había sido transitado por el tren, creo. Subí hacia las montañas y vi un letrero borroso al final de un terraplén, que decía algo así como “Argelia” aunque luego observé con detenimiento otro que daba a “Samotracia” o “Noruega” y que imaginé infinito. Divisé a lo largo de las extensiones de sabana, un campamento donde se libraba una especie de debate entre esos seres

romboides. Aros de luz emergían sobre el suelo mártir de ese territorio. Digo mártir porque al descender esos círculos luminosos herían los árboles y la tierra negra de ese sector. Caminé un poco más abajo y al ver, con mucha más claridad el escenario, comprendí todo. Se trataba de una invasión de extraterrestres sobre esa población que vivía todavía en el paleolítico. Desde allí dirigían una vaguada o algo así, con sus impresionantes cargas de electricidad que exhibían al comunicarse entre ellos. Tuve miedo, sin embargo continué allí. Esos seres espaciales empezaron a gramar o a emitir aullidos como bestias, y al instante oí sus voces en mi mente, me hablaban ahora con palabras comprensibles...

El tren amarillo parecía volar por entre una jungla de bestias esferoides. Nadie lo conducía al parecer. Descendí de la montaña y eché a correr por una siembra de zanahorias. Lloraba como un idiota pero trataba de llegar a la choza. Y cuando arribé a la huerta de hortalizas, más allá de una explanada, encontré a la pareja. Trataban de huir de algo, de los seres romboides, intuyo. Ella me miró fijo a los ojos y advertí un dejo de ternura hacia mí. Él me dirigió unas palabras que no logré entender: auuuuuwwwwiiii-iiiiizzzzzzzz... volteé luego y ya habían desaparecido del valle, perdiéndose entre la espesura de un bosque. No sabía qué hacer, adonde correr, cómo regresar, cómo salvarme de ese abismo...

Una ola de explosiones me rodearon. Sin duda alguna se libraba una batalla en ese lugar y yo solo era un espectador de algo que se cernía sobre la tierra. Lilith, decía un letrero en la entrada de un camino de piedra. Seguí la

línea de señales que conducían hacia una casa que parecía haber sido construida en otra época a la de la pareja anterior. Entré, pero estaba vacía. Las paredes tenían rastros de sangre y cabello de mujer, reseco, disperso en el piso. Un espejo repetía mi rostro que lucía espectral. Busqué la puerta del fondo y advertí los cuerpos de animales, todos desgarrados por el cuello. Regresé a la entrada y me marché. Deambulé por espacios lúgubres y desolados. Extrañamente deprimidos por la barbarie de garras asesinas. Volví al camino y busqué la trinchera por donde había entrado a ese paraje. A lo largo de la senda vi los cuerpos de personas y animales en descomposición. Un olor fétido flotaba en el poco aire de esos bosques condenados a desaparecer, porque al instante advertí las llamas que se levantaban por encima de los árboles. Cuando logré salir a la vía principal de los rieles, me encontré de frente con las aspas del tren, ahora repleto de gente. Las llamas le cubrían pero este se elevaba sobre ellas y seguía con fuerza perdiéndose entre el humo y la calina de ese atardecer que empezaba a cerrarse. Busqué la gruta hacia la trinchera. Pasé por la choza y el campo de flores. Pero el sitio había sido tomado por esos seres babosos y llenos de espinas, que merodeaban todos los portales de esta pesadilla inútil. La bruma de una especie de pólvora empezó a ahogarme. La voz rechinaba en mis sentidos, ahora mucho más clara, mucho más compresible. “Eso está sucediendo ahora en Argelia, pronto vendremos por ustedes” así más o menos decía. Miré hacia abajo, porque al momento caí en cuenta de que estaba pisando un suelo falso...descendí por una especie de tubo luminoso y me vi tratando de soportar la

respiración. Me estaba ahogando en la sala de cuidados intensivos. Debía regresar, salir de allí, salvarme, decir lo que veo, lo que todavía vivo en esta dimensión, y lo que va a pasar, pero la respiración me anega...me está apretando el cuello, me está asfixiando...los hilos de la fábrica empiezan a romperse, a enredarse, a dispersarse. Los hilos también son extraños, esos malditos hilos de todos colores como el bosque de flores se vienen sobre mi cuerpo, me amarran a las máquinas, me ahorcan en sus tubos, me enredan en sus mallas. Las secretarias y los obreros tratan de salvarme de la ira de sus malignos motores criminales, pero ya es tarde, dice el psiquiatra desde su cómodo sillón de psiquiatra...

 Mi compañera dice algo, y no le entiendo...pero creo que, y lo afirmo con certeza, que todavía puedo salvarme...

A PESAR DE LA NIEBLA

Cuando entramos a Villa rosario, mi esposa y yo, los letreros inmensos promocionando posadas, nuevos restaurantes u hoteles, acapararon inmediatamente nuestra atención y la de los turistas, tanto que nos detuvimos para hacer las debidas comparaciones de precio y de confort de acuerdo a las ofertas evidentes en las pancartas. Las montañas alrededor tupidas de bosquecillos con pinos silvestres y árboles de araguaney, cedros y apamates con sus alfombras rosadas, caminos bordeados de piedras triangulares, como cortadas por una sierra mágica, blancas y negras a la vez, le daban ese aspecto de bonanza que se requería para pensar en unas felices vacaciones de descanso, lectura, y reencuentro con el calor de los sueños de pareja, los besos, los abrazos, las caricias, la melancolía de las palabras que atraviesan el corazón y despiertan viejos recuerdos. Las casas con sus aleros de teja, las pequeñas torrecitas que lanzaban bocanadas de humo ceniciento con aroma a café o a pan recién horneado, y el patio de mármol en medio de un jardín de variadísimos colores de rosas y otras flores, las calles angostas y limpias le daban la bienvenida a los visitantes ofreciéndoles un aspecto de cuidado, de esmero y anegación por parte de los alcaldes o autoridades que lo regentaban.

Estar allí, en sus plazas, en sus museos y bibliotecas, era como si nos hubiésemos escapado de un cuento de Oscar Wilde. Sin embargo, cuando paseamos por las caballerizas, al final de la última vereda, y ante la colosal montaña de cerros puntiagudos, tapiados de piedras y monte y a menudo cubiertos por una espesa niebla que de vez en cuando se disipa pero que, por lo general, está ahí como un fantasma impertinente, que no deja ver más allá que la espesura, no dejamos de sorprendernos por lo curioso del fenómeno. Pero lo que más nos impresionó fue el letrero de “Prohibido el Paso” que se encuentra en uno de los bordes de un aprisco, que se tiñe de blanco desde el principio a causa de la nieve y que está atravesado por un andamio de madera, tupido de cruces y velones de diferentes colores, inmersas en pequeñísimas iglesias, con sus lápidas de fondo y sus inscripciones grotescas, en donde le desean una mejor vida en el más allá. Es una puerta que tiene el infierno, dice la gente del pueblo de Villa rosario, y el que ha cruzado el umbral de niebla del epitafio hacia una muerte en llamas, no regresará jamás. Es un camino hacia la nada sin retorno...decía más abajo el letrero.

Regresamos al hotel. Desde la ventana se veía la fronda dorada de un terraplén bordado de árboles pequeños que invitaban al paseo por los valles al anochecer, bajo la luna llena del verano. En invierno las cosas son distintas, el camino por las trochas ofrece un panorama tenso, de gente que reniega de Dios y del gobierno, por los desagües peligrosos, las quebradas que se desbordan, y los caminos repletos de barro. Nuestras vacaciones las habíamos planificado para el verano, y aunque en un principio pensamos

en la playa, luego, y no sabemos aún por qué, se nos ocurrió un pueblo alejado, sumido en las cordilleras andinas del Perú...y así lo hicimos.

Esa noche me miré en el espejo. El color de la piel se había tornado débilmente rosada, casi, roja. El sol se había encargado de curtirlo. Mi esposa conservaba su color de piel natural. Blanca, ojos azules, joven, alta, espigada decía mi madre, atlética, son las cualidades con las que podría describir a mi compañera. Ella se cuidaba mucho, con crema y hierbas especiales, y grandes sombreros artesanales con alas hacia los lados, y lentes negros. Ambos vegetarianos, lectores y amantes de la dulce vida, decía en su acento italiano mal pronunciado para una antropóloga de su talla. Casandra, su nombre, me recuerda algún mito legendario de los griegos o los romanos. La miro directo a sus ojos y no puedo evitar mi preocupación. Estoy débilmente desesperado. Nervioso en otras palabras, y no sé por qué.

Nos acostamos. Esa noche soñé con estos instantes. Repetí las escenas, los ajetreos del viaje, la presura por salir, los detalles técnicos y mecánicos relacionados con el auto. Devolvía las imágenes del día, el restaurante, los vinos de la tarde, las conversaciones, como si se tratara de las últimas escenas de mi vida, o de la vida de ambos. La vi sonreír, mirarme con ojos de amor, tomarme las manos, hablarme al oído, en susurros, la vi desnudarse y entregarme su cuerpo, la vi jadearse de placer, de emoción, de vida...y me vi aullando como un lobo desde la ventana del auto. Todo estaba ahí, todo seguía igual, pensé en lo recóndito de mi cerebro...y todo iba a ser siempre así, como lo soñamos desde el principio.

En la madrugada me levanté. La oscuridad me escondía de los tenues rayos de luna que profanaban nuestra alcoba. Me vestí al instante, como un autómatas, y salí. Caminé a lo largo de las veredas, solo, con la curiosidad de acercarme al letrero prohibido. El vaho de niebla casi no me dejaba ver el camino que conducía al aprisco. Quería traspasar el umbral y así lo hice. Oí, de pronto, la voz de Casandra, desde el otro lado de la calle, llamándome con angustia. Se había cambiado también y me había seguido con su linterna y su traje de campaña de la universidad donde trabajaba. Me gritaba cosas que no entendía y que no quise entender. Seguí como un loco hacia el fondo, a pesar de la niebla.

Decidió seguirme. La tomé de la mano y empezamos a adentrarnos en la voluta de neblina. Con la luz de la linterna nos guiábamos en los primeros tramos de espesa oscuridad. Caminábamos con cuidado a través de los caminos en descenso. Un poco después entramos en una gruta que semejaba la trompa de un rinoceronte, abierta. Dos horas de camino por senderos oscuros, en silencio, bajo los estertores de una música de viento que silbaba desde afuera, y que entraba por las ranuras de los árboles o de la tierra de los cerros cercanos. Se parecía a las tubas o los oboes en plena Marcellesa.

De pronto empecé a sudar frío. Mientras más avanzábamos menos comprendíamos el porqué del letrero. Consideraba que si quisiéramos regresar no teníamos sino que devolvemos por el mismo sendero, pues hasta ahora no nos habíamos desviado hacia ninguna encrucijada o por otros caminos. Siempre nos habíamos conducido

por el borde del aprisco aun cuando nos internamos en la gruta. Lo difícil de todo era la blanda neblina que teníamos a dos o tres metros de distancia, sin embargo lo extraño es que no terminábamos de internarnos del todo en ella. Daba la sensación de que ella se desplazaba delante de nosotros pero manteniendo esa distancia. El tiempo no se percibía... miré el reloj de Casandra en su brazo derecho y me percaté, al instante, que las agujas no se habían movido. Casandra se sorprendió y quiso disimularlo pero no pudo. Un rojo intenso demudó su rostro para luego hacerlo débilmente pálido. En un acto de resignación intentó tranquilizarme:

—Debió estropearse su máquina debido a la humedad —dijo en voz baja.

No dije nada, estaba sumido en mis pensamientos. Recordé el pueblo de Villa rosario y no dejé de preocuparme por haber violado la norma. Mi compañera tampoco decía nada. Su paso firme me recordaba el de los atletas en momentos de entrenamiento. La vía lucía despoblada, no se oía nada, ni una bulla sospechosa de algo, de la gente que habla bajo mientras desayuna, pues ya tocábamos los primeros rayos de sol del amanecer. Pero la mañana no se abría en abanico de luz, creo que, por el contrario, las sombras se atenuaban. Y pese a ellas seguíamos el sendero. Un halo de misterio se columpiaba en los chamizos que sobresalían de la espesura, como ojos vivos que nos miraban desde el fondo de la oscuridad; se percibía a distancia la fuerza de un aire frío que penetraba los huesos. Casandra empezó a temblar.

El hambre también comenzó a hacer mella en el estómago. Un vacío insondable nos alejaba de la llamada “Civilización” y nos imbuía en una catacumba de horror con un desfile de seres que se habían perdido en esta selva de misterio. Mi compañera seguía a paso lento y cansado. Al instante la abracé. Temblaba. Oía el chasquido de su mandíbula. Yo también empecé a temblar sin control. Los juncos a los lados, un copo de frutas parecidas a las cerezas, pequeños árboles de un terraplén con hierba cortada, anunciaban la cercanía de un caserío, quizás. Pero a causa de la niebla no teníamos un horizonte visible. El hambre nos consumía lentamente.

Una hora después, creo, nos topamos con un árbol inmenso, de hojas secas y puntiagudas. Y al mirar hacia lo alto, en uno de los ramajes que se extendían en varias direcciones, vi, de soslayo, la figura tétrica de un espectro colgado, tal asombro hizo que mi cabeza girara hacia la imagen, en efecto, un esqueleto yacía allí, como un péndulo girando lentamente al ritmo de vaivén del viento. Casandra emitió un grito desgarrador. Nos acercamos, el hombre, presumíamos, tenía mucho tiempo allí. Se trataba de un ahorcado suicida, imagino. Ella dijo lo contrario: “Un colgado...un ahorcado en contra de su voluntad, un sentenciado...por algo, alguien, una turba, una secta...” y se deshizo en llanto.

—¿Por qué crees que sea un sentenciado? —pregunté con preocupación.

—Por el tipo de material que rodea su cuello, no es un lazo, es fibra natural, de un bejuco procesado artesanalmente, nadie en su justo juicio se pondría a limpiarlo

y cortarlo minuciosamente para luego tirárselo por la garganta; además de todo lo que implica levantarse o subirse en algo para lanzarse desde una distancia acorde al hecho de “suicidarse” si ese fuera el caso.

—Si ese fuera el caso... tienes razón.

Observamos con cuidado, ya un poco sosegados por la impresión del cadáver, y concluimos que realmente había sido colgado contra su voluntad. Esta situación permitió que decidiéramos regresar. Ya no podíamos soportar por algún tiempo el hambre, el frío, y la desesperación que nos causaba el muerto. Pero ante todo el miedo a terminar como el esqueleto. Lo observamos por última vez. Tenía un nido de pájaro, quien sabe de qué tipo, en los huecos donde deberían ir sus ojos. Estaba arropado de telaraña gris que parecía una túnica siniestra de monje. Partimos, pero al intentar abordar el camino de regreso, nos percatamos de que teníamos que escoger entre varios ramales distribuidos alrededor del árbol. Al instante caí en cuenta que el sendero que debíamos tomar parecía haberse borrado, o la neblina lo había borrado. Dudamos sobre cual camino tomar, tratando por supuesto que éste estuviera cerca del aprisco. Pero el barranco tampoco podía verse, la niebla lo hacía todo insoportablemente denso. Una oscuridad maligna nos asediaba. Oí por primera vez el canto de un ave que me hacía estremecer. Cantaba o chillaba, más el sonido que emitía parecía un berrido a veces. Debía salir de un pico inmenso, creo, porque un pajarito común no podría tener tanta fuerza en su garganta para prorrumpir en tan altas notas un chirrido así como el que ahora estábamos oyendo. En ese momento se escucharon

otros chillidos, demasiado agudos para nuestros oídos, y muy largos, tanto que parecían sonidos continuos. Tomé de la mano a Casandra y la arrastré hacia un vendaval de palmas de regular estatura. Estábamos consternados. Los ojos de mi compañera rumiaban rabia y miedo a la vez.

Dos horas de camino, la neblina delante de nosotros. Casandra tenía mucha hambre, se pasaba las manos por el estómago. Empezamos a ver una especie de hojas secas que se erigían como banderas en el filo de los árboles secos. Los ruidos de pájaros gigantes habían quedado atrás y ahora creíamos oír las aguas de un río caudaloso o un chorro que se desprendiese de alguna colina. En efecto, unos metros adelante el agua mojaba nuestras ropas en gotas suaves al principio, frescas, finas, pero al adentrarnos las gotas se abultaban y caían como punzadas transparentes que nos herían para luego saltar de la ropa. El agua era clara, se veían las piedras negras en el fondo, peces, truchas y cangrejos de clima frío, el ruido era espantoso, como de muchas aguas que se arremolinaban en alguna parte pero que a la vez se percibían lejanas todavía. No podíamos hablar porque no nos comprendíamos aun cuando gritáramos a todo pulmón. Casandra me miraba con resignación, con los ojos muertos, como si una oscuridad misteriosa se hubiera metido entre sus retinas y le hubieran robado la luz, las manos blancas, demasiado blancas y las uñas desteñidas, sin brillo ni pintura, el cabello alborotado...pobre de mi compañera, en ese momento creía que había envejecido una eternidad, que los años se le venían encima, que la sonrisa de otros tiempos se borraba, que la juventud se iba entre la espuma sedosa de la niebla,

tanto así que empezaba a encorvarse, a caminar con cierta cojera en alguna de sus piernas, que se desvanecía en la blancura de un manantial límpido y frío. Lloré al verla así, pero creo que ella también me veía igual porque empezó a llorar al instante. Atravesamos el riachuelo y subimos una cuesta. Obviamente ya no teníamos esperanzas de regresar. Habíamos perdido el rumbo y ya nada nos detenía. Teníamos que llegar a alguna parte. Y al fin arribamos a un trecho de tierra que se veía abonada, con cercas de madera alrededor. Necesitábamos alimento y agua, pues no quisimos tomar agua del manantial porque un fuerte olor a azufre se esparcía alrededor.

La oscuridad persiste. La niebla sigue adelante, no entramos en ella, mejor así, si estuviéramos dentro de ella tal vez no sabríamos adonde ir, ya nos hubiésemos ido por alguna falda de montaña. Creo que hemos tratado de dominar el impulso de angustia que nos invade a cada rato. Hemos soportado, sí, pero no sabemos hasta cuándo podremos soportar la desesperación, retener la zozobra. Es horrible caminar así, sin ver, sin oír ruido de personas, de la gente que habla, que cuenta sus cosas, la voz de los borrachos en la cantina, en el restaurante, en las calles, la voz de la mujer que grita en una esquina llamando a sus hijos...extrañamos todo eso, incluso el ruido de las bocinas de los autos. Esta soledad es peor que cualquier enfermedad. O es una enfermedad insufrible. Ya no sabemos qué hacer. De pronto atravesamos un andamio de pared de piedra, por una puerta pequeña que conducía hacia un pasillo también de piedra. No era una construcción normal, no, era una ruina de algo así como un castillo surcado

de aguas verdosas, empantanadas, con matas de charco y pilares de rocas amarillas cortados a destajo, como si hubiesen sido amputados por una sierra inmensa. Todo eso lo veíamos inmediatamente pasábamos porque la neblina persistía adelante, por ello no veíamos nada a lo lejos, no teníamos un horizonte de nada para, siquiera, tener idea de la dimensión del sitio donde nos encontrábamos. Cuando ya no pudimos caminar más, nos sentamos contra una pared de cuadros de madera pegados entre sí, con jeroglíficos en el centro, letras de un abecedario ancestral y desconocido para nosotros. Lentamente nos fuimos quedando dormidos, ambos entrelazados nuestros cuerpos. Apoyados entre sí, toqué sus labios y estaban fríos, y ella me tocó en varias partes, me abrazó, intentó besarme pero su cuerpo ya no respondía, y se fue hundiendo en mi regazo totalmente desvanecida. Yo no pude hacer nada, me sentí mareado y me recosté sobre el muro, desvanecido también.

Amaneció, creo yo. Al abrir los ojos advertimos la situación en la que estábamos. Unos gruesos barrotes se alzaban al frente y el cuartico a donde nos había llevado era pequeño. Sin duda alguna éramos rehenes de alguien o de una comunidad. En unas mesas de madera teníamos que comer: una especie de bollos de harina de maíz con una crema blanca por encima. Comimos, el estómago nos reclamaba comida con retorcijones fuertes y gemidos viscerales. También advertimos un mural en grabado sobre la pared del costado de las rejas. Una pintura rupestre, dijo mi compañera, de hace de cientos de años que respiraban nuestro tiempo en la memoria de sus rasgos y

texturas borrosas. Se apreciaba en trazos finos, símbolos que representaban la tierra, el agua y el fuego en tres planos distintos.

En efecto se percibía un universo dividido en tres secciones fragmentadas por una cuerda nacarada. En el primero aparecían el sol, la luna, las estrellas, astros, y un poco más abajo los relámpagos, los truenos, los rayos, en fin. En el segundo los animales, las plantas y los seres humanos, y en el tercero los muertos, los fantasmas, los descabezados, los mutilados, los heridos, los hinchados, los enfermos, todos con aspecto de zombis, como en las películas de... George A. Romero.

Pero lo que más nos llamó la atención fue ver figuras de ahorcados a lo largo de la pared, todos en fila. El nombre Intip churín, aparecía también en todos lados. Casandra recordó inmediatamente, como buena antropóloga que había sido, el mito de los incas. Sin embargo no dejaba de sorprenderle los demás símbolos que acompañaban al mensaje del universo, sus planos y los dioses que componían el elenco divino, así como tampoco entendía los conductos naturales que se abrían desde el interior al exterior, conductos por los que brotaban las aguas de la tierra, cuevas, grietas y volcanes, pacarinas, que eran las vías primitivas de acceso por las que llegaron los seres que dieron comienzo a la humanidad; los gérmenes que hicieron nacer los animales, y las semillas que dieron vida a todas las plantas que crecen sobre el mundo de aquí. Todo eso era confuso para ella porque esas vías de entrada se veían, a la vez, decorada por seres extraños con cara de demonios, al lado de toros inmensos. Siluetas de toros

llenaban la galería. Tuvo la necesidad de echar a volar la imaginación o de invocar, desde la memoria, algún mito de los alemanes, relacionado con los seres hiperbóreos, los rubios del espacio, los hombres azules, príncipes de lejanas galaxias. Pensando en esto, dijo, no sería raro que ese territorio estuviera ocupado por una comunidad de seres de otros planetas.

Pasó el tiempo. Comimos y dormimos. Lo que no sabíamos era cómo hacer necesidades. Casandra tenía muchas ganas de orinar y no se imaginaba haciéndolo allí, o de evacuar. Entonces empezamos a llamar a alguien. A gritar hacia los cuatro costados por donde había ranuras. Nuestras voces regresaban en ecos interminables. Nadie se acercaba, nadie respondía. ¿Estábamos solos en esa estructura en ruinas? Pero ¿quién nos había encerrado allí? ¿Quién nos daba comida y agua? Porque hasta una cafetera de barro, repleta de agua nos habían traído. La neblina seguía allí, resguardándonos tal vez, siempre alrededor, nunca entre nosotros. Nos acordamos del celular, y tal como lo imaginé no tenía señal. No teníamos cómo comunicarnos con nadie y nadie con nosotros. De pronto escuchamos un ruido lejano, como un tropel de caballos en fuga. Sostuvimos la mirada en cierne, vivos los ojos, la mirada azul de Casandra parecía iluminar mi rostro. La boca abierta. Oímos pasos. Unos hacia un lado del pasillo y otros en nuestra dirección. Tal como lo imaginamos venían hacia nosotros. Hacían bulla. Y de pronto emergió de entre la neblina un ser deforme, con pies anchos y grandes, piernas muy delgadas y brazos esqueléticos, pelo y barba abundantes y mirada de odio. La nariz semejava la trompa

de un cochino. Nos habló en un idioma que no entendimos. Iba como camuflado pues el traje se parecía al color de las piedras de las paredes. Abrió la celda y nos empujó hacia el pasillo trasversal. Llevaba en el cuello un lazo e inmediatamente recordamos al ahorcado en el árbol de la entrada. Nos tomó por el antebrazo y nos arrastró con ímpetu. Nos miramos con desesperación y empezamos a forcejear pero el ese ser extraño tenía mucha más fuerza que nosotros. Ese desarrapado reía como un sicópata, era horrible su mirada. Detrás de nosotros se veía como una especie de carroza con gente igual o peor. Salimos a una especie de gruta secreta, pues la entrada estaba cubierta con palmeras secas y ramas de árboles chicos. De nuevo tuve la sensación de que me miraban desde los orificios de las paredes de rocas, entre las estepas de pipitas rojas y amarillas que decoraban la cueva. Al rato salimos a un camino de árboles gigantes, la neblina siempre delante de nosotros. Los harapientos, que no tenían aspecto de indígenas pero tampoco de parroquianos, sino de piratas o vikingos, pero sin el estilo anglosajón o al menos europeo, emitían como quejidos sordos para comunicarse entre ellos, y lo hacían incluso más a través de señas que de palabras. Entramos a una especie de templo. Los pilares a los lados le daban esa presencia de fastuosidad que debió tener en otros tiempos; sin embargo lucían abandonados. Un séquito de menesterosos nos separó, a ella la enviaron a una especie de silla de mármol, y a mí me lanzaron el lazo por el cuello. El “Reino de Aldebarán” decía en un dintel al pasar un cortinaje que se extendía a lo largo del claustro. Detrás de los pordioseros con cara de cerdo, se

erigía una corte de hombres y mujeres blancos y blancas, rubios y rubias, altos y altas, de ojos azules. Recordé inmediatamente la explicación que me diera Casandra antes de comer, allá en la celda. Me había dicho que esta organización secreta, secta o cultura milenaria creía ciegamente en el continente “hiperbóreo” que, presumían sus miembros, habría estado situado en el Mar del Norte y habría desaparecido en las aguas con ocasión de una era glacial y que sus habitantes habían venido hacía mucho tiempo del sistema solar de Aldebarán, que es el astro principal de la constelación de Tauro, y que medían cerca de cuatro metros de alto, tenían la piel blanca y eran rubios con los ojos azules. No conocían las guerras y eran vegetarianos. Estaba claro, Casandra, presumían ellos, era parte de esa comunidad espacial, por ello la comida fue así, y por ello también el sitio estaba tatuado de caras y siluetas de toros por todos lados. Y para reconfirmar todo lo que había pensado, Casandra fue recibida como una reina en el Reino. Fue aplaudida y coronada por un ser impecable, un hombre alto, rubio, de ojos azules, quien se dirigió a ella en una lengua desconocida para mí, y que no era el alemán. Traté de zafarme del hombrecito con aspecto de mendigo pero no pude. Intenté correr hacia un pasillo pero en el acto constaté que estaba custodiado. Que muchos de ellos cuidaban las salidas del monasterio. Tuve que resignarme. Tiempo después fui llevado a un chiquero que estaba repleto de hojas de maíz. La corriente de aire que corría a lo largo del paraje era frío, y olía a azufre. Las aguas estaban contaminadas allí, porque al final corría un hilo de agua pútrida, y los árboles yacían heridos, su corteza estaba marcada como

por cortes de hacha y quemados los bordes. Tuve miedo por primera vez, mucho más miedo que el que sentí cuando vi al esqueleto en el árbol. Además sentía una terrible angustia, un dolor de pecho, de corazón, y unas horribles ganas de llorar, al recordar la mirada azul de Casandra. Su sonrisa, sus gestos, y luego su tristeza, su rostro envejecido por la angustia.

Llegó la noche y con ella los ruidos lejanos de pájaros inmensos. La luna se levantó en lo alto, por sobre el templo de Aldebarán, sobre las colinas y las copas de los árboles, por primera vez la neblina se despejaba. Esto permitió que viese mejor el lugar. Y así fue: la tierra era roja y cenagosa, amparada por el furtivo techo de hojas secas que la cubrían, el piso estaba lleno de tuzas y de pelambre de mazorca, y las cercas tenían enredaderas de matas parásitas, tupidas hasta los bordes, los grillos y las ranas cantaban, y en el fondo del charco, iluminado por el tenue rayo de luna que se filtra por entre las nubes, pueden verse las calaveras de los desarrapados que parecieran reír ante la muerte. Los esclavos de Aldebarán, los humillados por los astros, los invadidos por el cielo que al desobedecer una orden eran lanzados al fuego, al pantano o a la horca. ¿Qué destino me deparaba ahora? Las culebras subían por las paredes del edificio de piedra, una bandada de pájaros acechó al grupo de custodios de los pilares, con sus graznidos terroríficos, y el trote de toros negros, babosos, pasó a lo largo de los caminos, por ambos lados del corral. Yo estaba amarrado a una de las esquinas de las cercas. De pronto vi a Casandra que corría a lo largo del sendero, la cubrían dos hombres de la protección del templo, percibí

que la cuidaban, no la perseguían para matarla, eso me tranquilizó. El paladar me supo a sangre y sin embargo pude emitir un grito que apaciguó por un instante el canto de los grillos y las ranas. El bramido de los toros se oyó, de pronto, en todo el sector. Ella me escuchó. Se acercó corriendo y desenredó las amarras, los custodios nos ayudaron a huir. En pocos minutos nos hallábamos lejos de ese sitio. La noche se cerró en vilo y la neblina nos cubrió al instante. Las manos me temblaban. Casandra me las tomó y empezó a movérmelas para despertar calor, pues el frío empezaba a entiesarme los huesos. Seguimos camino abajo o a arriba, ya no sabíamos cuándo era lo uno y cuándo era lo otro. No teníamos idea de dónde nos encontrábamos, dónde estábamos exactamente, en qué inhóspito lugar de la selva del Perú nos hallábamos. En qué parte del corazón de los incas se había instaurado ese reino hiperbóreo, sin rastro para la etnología o la antropología actual. En qué coordenadas geográficas se erguía esa civilización que buscaba entronarse en ese legendario pedazo de suelo andino, entre montañas y caudales de agua benigna, límpida, pura, que corrían a lo ancho de la fronda de jungla de ese paraíso perdido para siempre, e invadido por seres de otros mundos, de otras galaxias, de otros universos... pero saldríamos de allí, regresaríamos a Villa Rosario, contaríamos al mundo sobre ese eslabón de la Antártida, sobre ese Dorado repleto de oro y piedras preciosas, que otras civilizaciones necesitaban para sobrevivir a la furia de las galaxias, volveríamos sí, a pesar de la niebla

CONTENIDO

A MANERA DE PRÓLOGO O DE ANÉCDOTA

ALERTA: ALTA TENSION / 10

BABÚ / 16

MENSAJE AL GRUPO DE ORACION / 21

LA TORRE MISTERIOSA / 26

NIÑOS EN EL BALCÓN / 40

LA PEQUEÑA MANADA / 43

EN ALGÚN LUGAR DE LA CASA / 47

LA SONRISA DEL MONSTRUO / 60

TODAVÍA PUEDO SALVARME / 72

A PESAR DE LA NIEBLA / 87

Fundación Editorial El perro y la rana
Sistema de Editoriales Regionales / Táchira
Edición digital
junio de 2019

MANUEL ROJAS

Escritor, narrador, poeta, ensayista, dibujante, músico, actor, promotor cultural y dirigente sindical. Nació en San Cristóbal, Estado Táchira, el 25 de noviembre de 1955. Es servidor público y labora en la actualidad en la Contraloría del Municipio San Cristóbal.

Ha publicado los libros: *Los espacios socavados* (cuentos cortos) 1994; *Hojas de ceniza* (poesía y cuentos); *Con el paso del tiempo* (cuentos cortos) 2004; *Ceremonia del ocaso* (poesía) 2006; *La mano del moribundo y otros cuentos*, 2007; *Ciudad en la niebla* (cuentos); *Desnudo en la cátedra* (poesía).

Fue incluido en el *Diccionario de Escritores Venezolanos (siglos XVIII a XXI)* titulado “Quienes Escriben en Venezuela” Edición del Concejo Nacional de la Cultura (CONAC) y en el Catálogo de Patrimonio Cultural de San Cristóbal, por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura, Venezuela.

SISTEMA DE EDITORIALES REGIONALES / TÁCHIRA

Fundación Editorial



el perro y la rana
Estado Táchira



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura